

DELAPALME

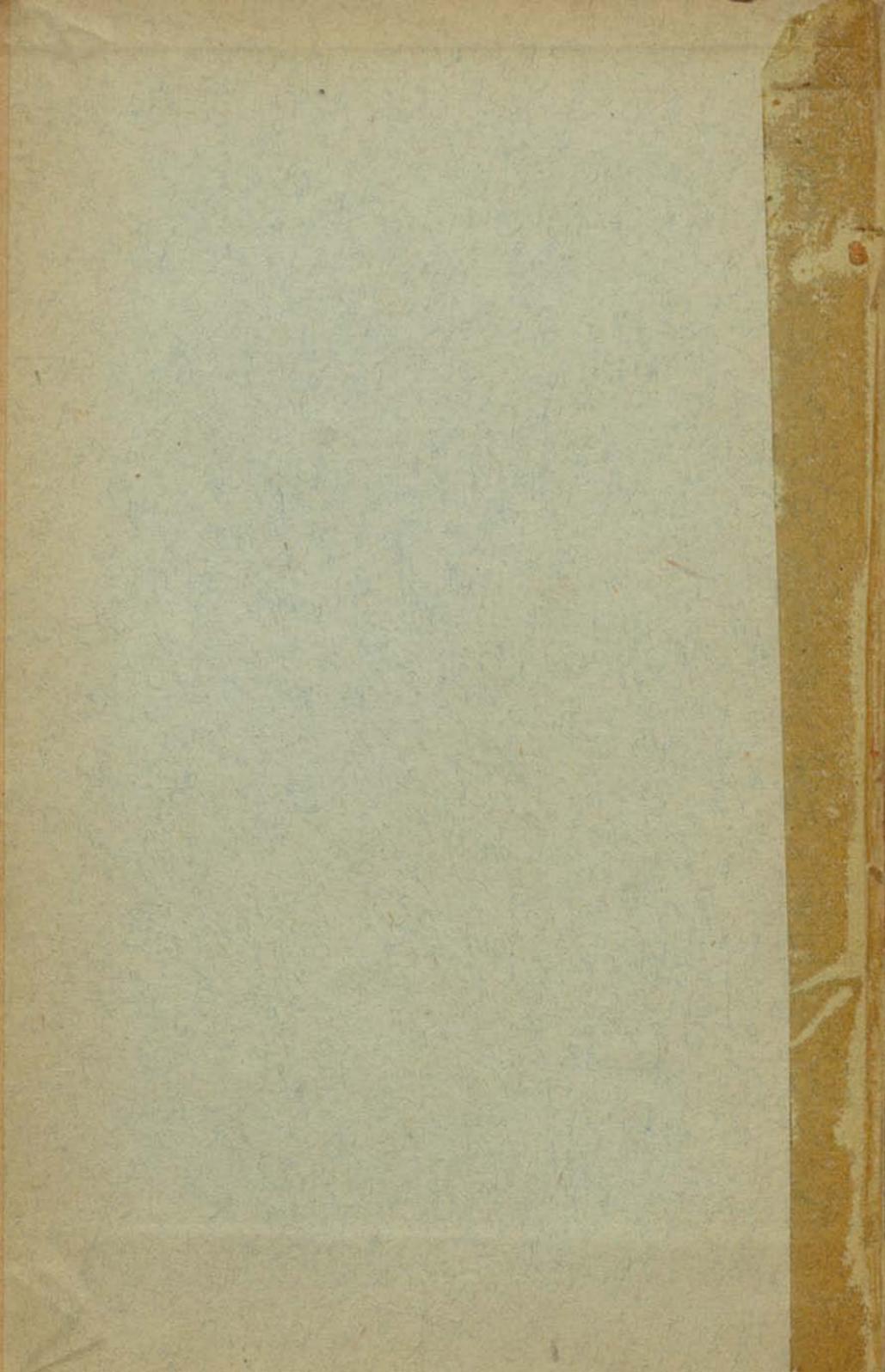
LIBRO PRIMERO

DE LA

Adolescencia

con láminas negras
y de color

Hachette y Cia



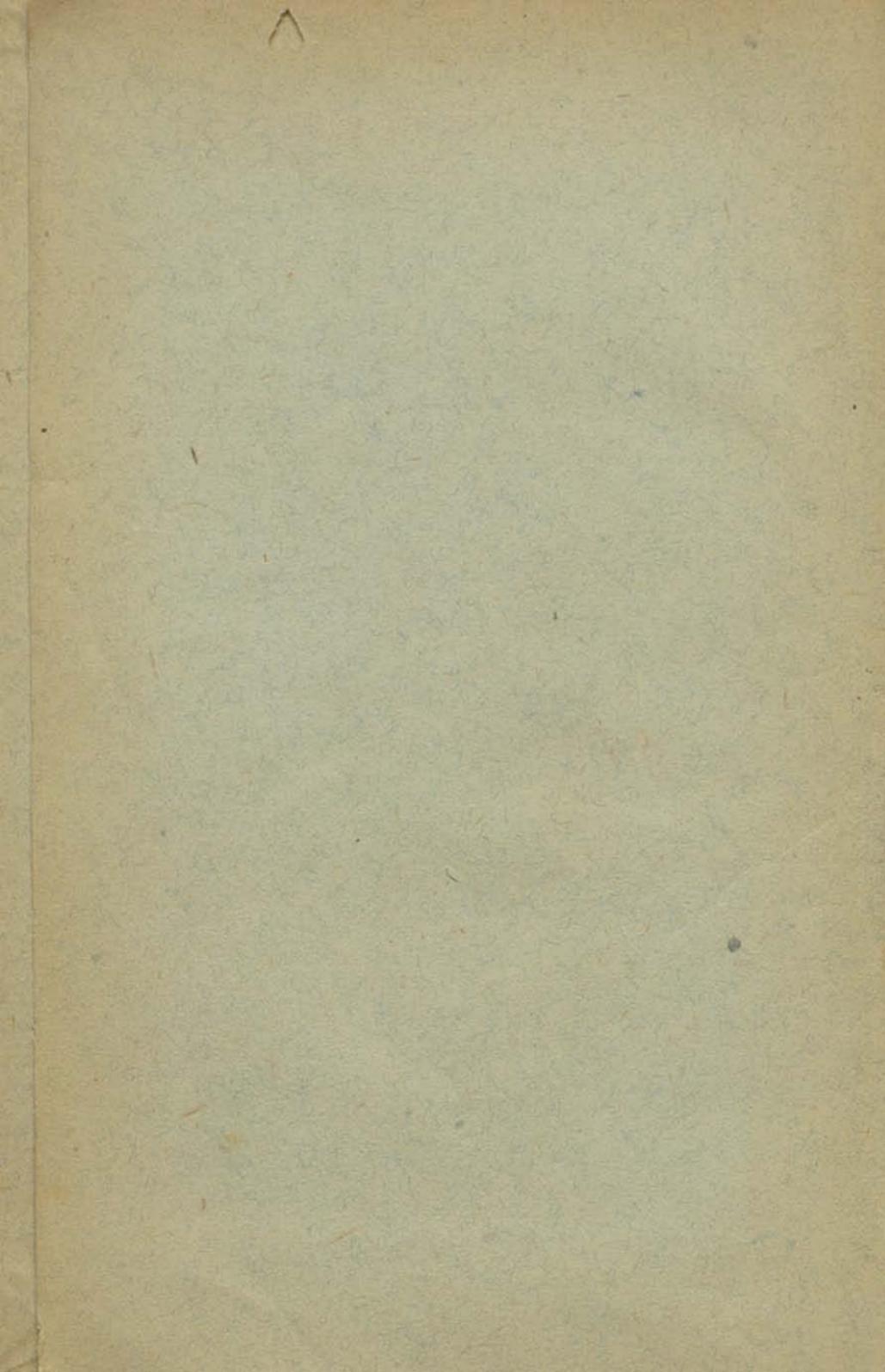
Donado por el alumno.

Humberto C. Arona

H^o Grado A.

Ferde





Nº acumulativo 504

Nº orden 118

Sección 5ª

Estante 1º



Biblioteca Patricias Argentinas
Signatura Lectura
1º Sup 118



Roberto llevó á los huérfanos á sa casa.

H 7 A
1889
DEL 2
(sala A) 1

LIBRO PRIMERO

DE LA

ADOLESCENCIA

ó

EJERCICIOS DE LECTURA

Y LECCIONES DE MORAL

Para uso de las escuelas primarias

POR M. DELAPALME

ANTIGUO CONSEJERO DEL TRIBUNAL DE CASACIÓN

OBRA TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. MARIANO URRABIETA

103 R

NUEVA EDICIÓN ✓

Con la ortografía de la Real Academia Española. ✓

PARÍS ✓

LIBRERÍA DE HACHETTE Y C^{ia}

79, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 79



M 1889 ✓

Derechos de traducción y de reproducción reservados.

2

LIBRO PRIMERO

de 1

ADOLESCENCIA

EXERCICIOS DE LECTURA

I. INTRODUCCION

II. LA VIDA DEL NIÑO

III. LA VIDA DEL NIÑO

IV. LA VIDA DEL NIÑO

V. LA VIDA DEL NIÑO

VI. LA VIDA DEL NIÑO

VII. LA VIDA DEL NIÑO

VIII. LA VIDA DEL NIÑO

IX. LA VIDA DEL NIÑO

X. LA VIDA DEL NIÑO

XI. LA VIDA DEL NIÑO

LIBRO PRIMERO

DE LA

ADOLESCENCIA

I. — Dios.

Dios crió el cielo y la tierra y todo lo que contienen el cielo y la tierra.

Hizo todo lo que vemos y lo que no vemos, las cosas pequeñas y las grandes, el insectillo bajo la yerba y el sol en lo alto de los cielos.

He visto el sol brillante y majestuoso esparciendo torrentes de luz.

En la obscuridad de las noches he visto el cielo sembrado de estrellas, tan numerosas como los granos de arena en las orillas del mar.

He oído el mugido del viento en la tormenta, y la voz del trueno ha resonado en mi oído.

He observado la marcha de las estaciones : en la primavera he visto que brotaban de la tierra los gérmenes de las plantas; luego que las plantas crecían al calor del verano; luego que el grano maduraba en la espiga y el fruto en el árbol; finalmente, que llegado el otoño, caían los frutos en la mano del hombre y que los graneros se llenaban para los largos días del invierno.

El sol y su luz esplendente, la noche con sus estrellas, la tierra feraz, las espigas en los campos, los árboles con sus sabrosos frutos, todo procede de Dios, todo existe porque Dios quiere.

« ¡Oh, Dios mío! ¡Cuán grande y bondadoso eres en todas tus obras!

« Las montañas se elevan y se extienden los valles en los sitios que tú señalas : por tu voluntad corren los arroyos en las llanuras, bajan los ríos de los montes, y se riega la tierra con la lluvia y con el rocío.

« Por tu voluntad brota la hierba para los animales, y crecen las plantas para el hombre : por tu voluntad nace de la tierra el pan que sustenta y el vino que apaga la sed. »

II. — El Sol.

Sígueme, hijo mío : ven á los campos y á lo alto de los montes; levanta la cabeza y contempla la majestad de los cielos.

Asoma el sol por Oriente como envuelto en nubes de fuego, y elevándose calienta la tierra y la hace fecunda.

Recorre su inmensa carrera, invariable en su marcha, siempre constante, siempre el mismo; y concluída la tarde, se oculta por el poniente en los celajes de la noche.

No se apaga la claridad del sol cuando no le vemos; es verdad que ya no nos alumbra, pero es porque da su luz á otros países, á otros hombres.

Su luz es eterna, no se apaga nunca.

¡Oh, sorprendente maravilla! ¡Obra del Todopoderoso, obra incomprensible, sublime!

Hombres ha habido que al contemplar el

sol con su claridad que vivifica, con su calor tan fecundo, exclamarón en su ignorancia : *El sol es Dios.*

Y se prosternaron y adoraron al sol como si fuera autor de todas las cosas... Pero el sol es la obra y el obrero es Dios.

Dios dijo : Hágase el sol, y el sol quedó hecho.

Dios señaló al sol el lugar de su salida y el de su ocaso, fijó el tiempo de su marcha con las horas y los minutos.

Y desde que existe el mundo, al través de los siglos transcurridos, el sol ha obedecido siempre la ley de Dios : siempre ha sido exacto por horas y por minutos.

Hijo mío, el sol te enseña la grandeza de Dios.

III. — Las Plantas.

¡ Habéis visto crecer el arbusto, habéis visto sus ramas y sus flores, y habéis pasado adelante sin hacer reflexión ninguna !

¡ Cortasteis una de sus ramas para vuestros juegos infantiles, cogisteis algunas de sus flores para hacer un ramillette, y no hicisteis reflexión ninguna !



Asoma el sol por Oriente como envuelto en nubes de fuego,

Hijos míos, paraos un instante, admirad la planta que es una maravilla de la mano de Dios.

Cuando cesan los fríos y comienza á reinar en el valle la tibia brisa, se ven brotar los retoños que encierran las hojas ó que protegen la flor.

Las nacientes hojitas son muy delicadas, y Dios las da un abrigo en el capullo que las envuelve.

Se abre el botón, la flor extiende sus pétalos de variados colores : observad cómo la prudente naturaleza esconde en el fondo de la flor el germen del fruto.

Esa flor que parece sólo un adorno del árbol, es abrigo del germen mientras necesita ser protegido.

Dios hace con el botón de la flor y con el germen del fruto, lo que la cariñosa y buena madre hace con el hijo recién nacido, que para protegerle del frío, le envuelve en pañales bien calientes.

IV. — El Pájaro.

El pajarillo construye su nido en una zarza á la orilla de un bosque.

¡Pobre pajarillo! Revolotea de rama en rama y es tan pequeño, que puede esconderse detrás de una hoja.

Antes había recogido algunas hierbas, un poco de lana de la oveja y el polvillo de la flor del álamo.

Todo esto envuelto en un poco de musgo, le sirvió para hacer el nido que colocó sobre una rama.

La hembra puso en este nido cuatro, cinco, seis huevos muy pequeños, y jaspeados con los colores del plumaje del macho.

¡Qué paciencia la de esta pobre madre! Durante veinte días permaneció inmóvil en el nido, calentando amorosa los huevecillos bajo sus alas.

Algunos instantes se alejaba para picotear alguna semilla y beber una gota de agua; y al punto volvía á toda prisa inquieta y azorada.

¡Qué milagro! Dentro del huevo y al calor de la madre, se forman pajarillos que con el pico rompen su cascarón, y salen de su encierro débiles, desnudos, apenas cubiertos con una sombra de plumaje.

¿Quién alimentará á los pobres hijuelos?... El padre y la madre vuelan á lo lejos por las campos; recogen grano menudo y lo traen pa-

ra el sustento de los pajarillos que hambrientos abren el pico.... No tardan en crecer; ya van echando pluma, ya pueden comer solos, y un día toda la cría toma su vuelo y se esparce en la llanura.

Hijos míos, cuando veáis que el pájaro hace el nido con el musgo del bosque ó la lana de las ovejas; cuando veáis que la madre calienta los huevos debajo de sus alas; cuando veáis que el débil pajarillo rompe su cascarón y sale del huevo; cuando veáis que el padre y la madre llevan el sustento á sus hijuelos, decid y repetid : Todo esto es obra de Dios.

Sí, sólo Dios ha podido hacerlo, y toda la ciencia de los hombres, toda su habilidad que tanto les envanece, toda su fuerza que abre la tierra y amontona las piedras de los edificios, de nada les servirían para crear el más humilde pajarillo.

V. — El Mundo.

El mundo es grande, inmenso, infinito...

La casa que habitamos con el jardín que la rodea por grande que pueda ser, no es otra cosa que un rinconcillo en una ciudad ó en un pueblo.

La ciudad, que nos parece tan espaciosa, el pueblo que nos parece tan grande que apenas de un



¡Pobre pajarillo! es tan pequeño que puede esconderse detrás de una hoja.

extremo á otro se oye la campana de la iglesia, no son más que un rinconcillo de tierra en nuestra nación.

Y nuestra nación por grande que sea, es otro rinconcillo en la superficie de la tierra.

¿Habéis observado bien uno de esos mapas que representan la tierra como un dibujo representa un paisaje?... ¿qué puesto ocupa la nación más grande y poderosa?... Poca cosa seguramente.

Sí, la tierra es muy grande; tiene 9,000 leguas de circunferencia.... ¡qué espacio, qué extensión tan vasta, qué montes tan altos, qué mares tan inmensos!

Ahora bien, la tierra es asimismo bien poco en el mundo.

Mirad el sol : está á 34,500,000 leguas de la tierra.... Mirad las estrellas · están cien mil veces más lejos todavía.

Y más allá de esas estrellas, que están cien mil veces mas lejos que el sol, hay otras estrellas que están cien mil veces mas lejos aun que las primeras.

El cielo inmenso, es el espacio infinito, sin límites.

Esas estrellas sembradas en el cielo son otros tantos soles, tan lejos, tan lejos de nosotros, que no nos parecen más que puntitos brillantes.

Y esos soles alumbran mundos que no vemos, y más allá de esos mundos hay otros mundos.

¡Ah! La obra de Dios es grande, tan grande, que la vista del hombre no alcanza á medir su extensión, ni su inteligencia puede comprenderla.

VI. — Dios nos está viendo siempre.

« Todos los hombres se hallan en presencia de Dios, pues para Dios nada está oculto y sus miradas se extienden por todas partes sobre los buenos y los malos.

« Dios lee en nuestros corazones, ninguno de nuestros pensamientos se le oculta, y oye nuestras palabras.

« Los que practican el mal no pueden librarse de Dios : los pensamientos del malvado, así como sus discursos llegan hasta su oído.

« ¡Dios mío! ¿Á dónde iré yo que tú no estés? Si me elevo al cielo, allí estás; si bajo á los abismos, te encuentro.... En vano digo : *Quizás las tinieblas me cubrirán con su obscuridad*, pues las tinieblas no son oscuras para ti, son tan brillantes como el día.

« Hay hombres que se refugian en las profundidades de su alma para esconderse de Dios, que practican sus obras en la sombra y que dicen : *¿Quién nos ve?... ¿Quién puede saber lo que hacemos?...* ¡Insensatos! ¿Acaso el barro se elevará contra el alfarero y dirá : *No eres tú quien me has hecho?...* ¿La obra dirá al obrero : *No me conoces?*

« ¿Creéis que el que ha hecho vuestro oído no puede oiros y el que os ha dado la vista no puede veros? »

VII. — La Iglesia.

Era un día de fiesta, la mañana de un día hermosísimo. El rocío cubría aún la tierra y brillaba en las hojas y en las flores : Carlitos salió con su padre para ir á la iglesia del pueblo.

Á lo lejos se distinguían árboles y algunas casas, y del centro de los árboles y casas, se destacaba en los cielos el campanario de la iglesia.

Oíase el sonido de la campana que llamaba á la oración, y salían los habitantes engalanados con sus mejores ropas para postrarse ante el altar.

Por el camino cruzaban jóvenes de ambos sexos con el devocionario en la mano, que andaban sonriéndose.

También se veían ancianos de venerable aspecto, que habían vivido ya largos años, que tenían muy arrugada la frente y la cabeza cana.

No faltaban tampoco las madres de familia con sus niños, que corrían en su derredor recogiendo las flores del camino.

Carlitos entró en la iglesia con su padre. Reinaba un silencio profundo ; todas las personas estaban sentadas y en el mayor recogimiento, y de tiempo en tiempo se ponían de rodillas.

Hermosas voces cantaban, y entretanto rezaba todo el mundo. Todas las oraciones se dirigían á Dios que ha hecho todas las cosas y que es el soberano de todo.

Carlitos rezó por su padre y por su madre, leyó en su devocionario las alabanzas á Dios, y concluido el oficio, la gente fué saliendo de la iglesia.

Carlitos se volvió á casa con su padre, muy gozoso, admirando el cielo, los campos, las cosechas : sentíase dispuesto á querer á todo el mundo, á practicar el bien; aborrecía el vicio, y se decía que la bondad y la virtud son las fuentes de la felicidad eterna.

VIII. — La Oración.

« Dirigíos á Dios en vuestras oraciones, para que Dios os guíe por la senda de la virtud.

» Desde por la mañana eleva su alma á Dios el virtuoso, poniéndose en su presencia y abriéndole su corazón.

» No olvidéis que se ha dicho : Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá.

» La oración del humilde llega á Dios.

» En la oración no afectéis hablar mucho, que bien sabe nuestro Padre lo que habéis menester antes de pedirlo. Ved, pues, cómo habéis de orar :

» Padre nuestro que estás en los cielos; santificado sea el tu nombre; vénganos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y

no nos dejes caer en la tentación, mas libranos de mal.

» Orar y hacer limosnas, es mejor que las riquezas.

» Pues si habéis practicado el mal, en vano elevaréis á Dios vuestras miradas : Dios se apartará de vosotros.

» Borrád de vuestro corazón los malos pensamientos, huid del vicio, aprended á practicar el bien, sed refugio de los desgraciados, apoyo del huérfano y defensor de la viuda, y así podréis presentaros con toda purezá delante de Dios. »

IX. — Dios es el apoyo de los buenos.

« No envidiemos la felicidad del malvado ni sus triunfos.

» Porque el malvado se agostará como la hierba del campo y caerá como la flor.

» Tengamos confianza en Dios y practiquemos el bien, y nos encontraremos bastante ricos con los bienes de la tierra.

» Que nuestra felicidad esté siempre en Dios; marchemos siempre por sus vías, que Dios lo hará todo por nosotros.

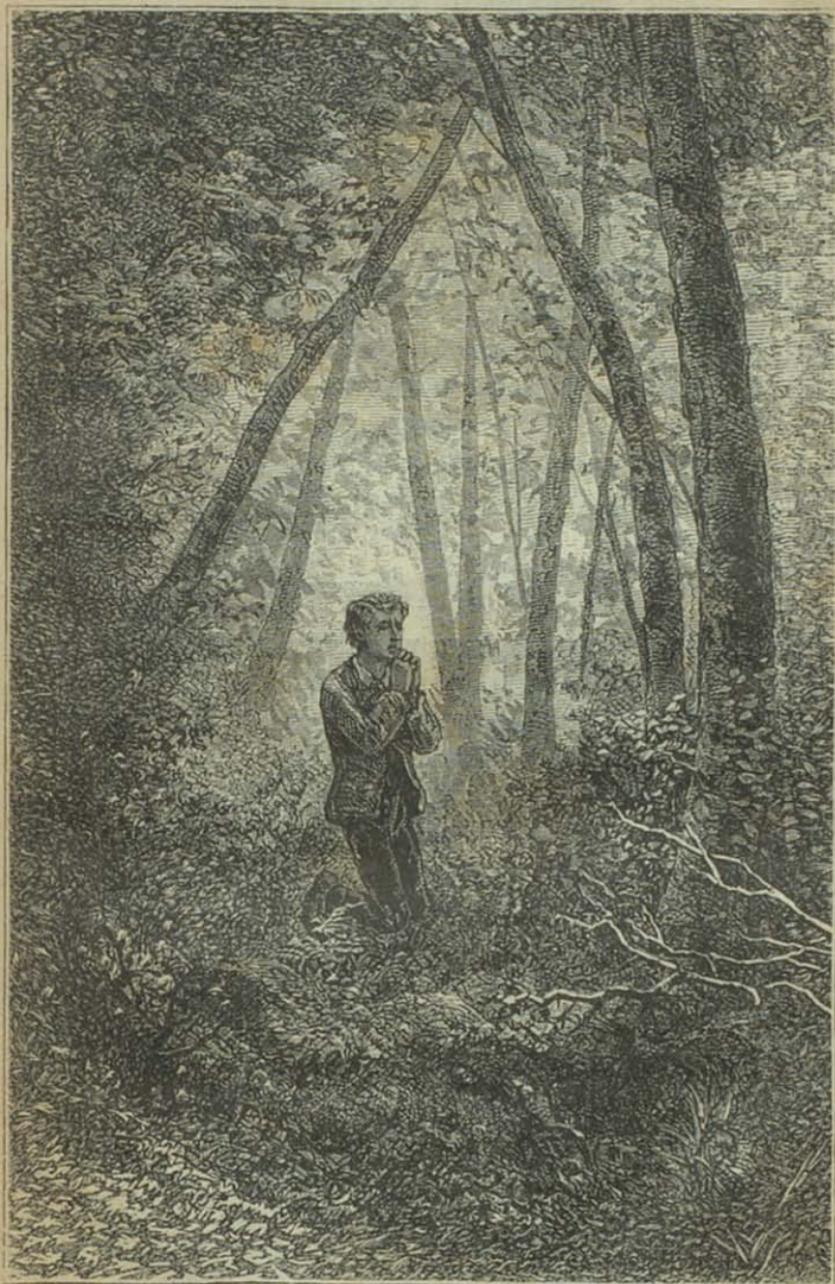
» Pronto el malvado desaparecerá, buscaremos el puesto que ocupaba y no le encontraremos.

» En tanto los hombres de corazón puro disfrutarán la paz.

» El malvado se indignará contra ellos, sacará la espada, dispondrá sus armas, querrá acabar con el débil y el inocente;

» Pero su acero se volverá contra él y sus armas se quebrarán en sus manos.

» Poca hacienda con virtud. es preferible á todas las riquezas del malvado.



La oración del humilde llega á Dios.

» Porque Dios rechaza al malvado, y como ve la vida de todos, sostiene al hombre justo.

» Soy viejo, mi juventud está ya muy lejos de mí, y no he visto aún que el hombre de bien haya sido abandonado, ni tampoco sus hijos.

» He visto al impío colmado de honores en la tierra y que se elevaba orgulloso como el cedro de la montaña... No hice más que pasar y ya no estaba; le busqué y no pude encontrar el lugar que había ocupado.

» Empero los justos tendrán su salvación en Dios.

» Dios les hará libres y será su apoyo, porque depositaron en él su confianza. »

X. — La Conciencia.

Se debe practicar el bien y huir del mal.

Pero ¿qué es el bien? ¿qué es el mal?

Nuestro juez está en nosotros mismos, juez que se pronuncia y da su sentencia.

En el corazón del que practica el mal, reina la confusión; el rubor sube á su frente, huye del día y se esconde avergonzado y trémulo.

¿Por qué? Porque su razón se eleva contra él y le señala el mal y toda la fealdad del mal.

El que practica el bien, tiene el alma tranquila; no teme las miradas de los hombres.

Porque su razón le sostiene y le ilumina por la buena senda.

Existe en nosotros un sentimiento que nos dice : Esto es bueno y aquello es malo. Este sentimiento es la conciencia.

La conciencia es el terror de los malvados y la alegría de los buenos.

La conciencia condena al malvado cuando los hom-

bres le aplauden; la conciencia absuelve al bueno cuando le condenan los hombres.

La conciencia es la voz de Dios que se hace oír dentro de nosotros.

XI. — El Remordimiento.

No creáis en la alegría del malvado; cuando la sonrisa asoma á su boca, tiene el veneno en su corazón.

Un malvado se había enriquecido con el fraude.

¿Pensáis que era dichoso en medio de su opulencia, de sus suntuosos muebles y opíparos festines? No... Soñaba con cadenas en la cárcel, oía el ruido de las llaves y de los cerrojos. Tanto habría valido vivir en un encierro.

Un hombre había cometido un crimen... un crimen horrible... Es verdad que se ignoraba; pero él creía leer su condena en los ojos de todo el mundo... Un día vieron que mataba sin piedad á una porción de pajarillos dentro del nido... — « ¿Qué hacéis? le preguntaron; ¿por qué sois tan cruel? » Y él contestó con la vista extraviada : « ¿No oís que me acusan de haber asesinado á mi padre? » El remordimiento trastornó su juicio y él mismo confesó su crimen.

El remordimiento es el primero y más terrible castigo del crimen... un castigo del que nadie se libra.

El malvado puede esconderse de las miradas de los hombres; pero no de sus propios ojos.

Y el suplicio que impone el remordimiento es más terrible que todos los suplicios, porque los males del alma son más dolorosos que los del cuerpo.

XII. — Luis, el pobre.

Luis habitaba en una humilde choza de aldea.

Era pobre, muy pobre; vivía del trabajo de sus brazos labrando la tierra y así ganaba el sustento de sus cuatro hijos.

En cuanto rayaba el alba, tomaba el azadón y el sudor chorreaba por su frente, sin que dejara su trabajo hasta caída la tarde, cuando ya el sol se ocultaba en el horizonte.

No podía menos de ser así teniendo que alimentar á cuatro hijos. ¡Qué poco piensan los hijos en lo que cuestan á sus padres!

Y sin embargo, Luis no se quejaba; su corazón estaba contento y alegre su rostro.

Por la noche acariciaba á sus hijos y jugaba con ellos.

Después comían todos juntos el pan de los pobres; pero de muy buen humor, pues no conocían la tristeza.

Dormía Luis muy tranquilo con el sueño del justo que descansa en los brazos de Dios.

Los domingos iba con su mujer y sus hijos á la iglesia; y á la vuelta, se sentaba á la sombra de un árbol y contemplaba regocijado á los muchachos que jugaban y corrían.

No había en su existencia agitación ninguna, ni el porvenir le inspiraba cuidados ni recelos.

Luis decía en sus oraciones : « Dios mío, que tenga siempre buena salud, pues en mis brazos está el pan de mis hijos. » Y no pedía á Dios otros bienes.

Frecuentemente hablaba de su padre, que había sido un hombre pobre como él, un hombre pobre y dichoso, cuyo cuerpo yacía en el campo santo al lado del rico que había llevado una vida agitada y tumultuosa.

Servía á sus vecinos en cuanto le era posible, no con su dinero en razón á que le faltaba para él, sino con sus brazos, con su trabajo; y todo el mundo le estimaba y le quería.

Y Luis decía que apreciaba más la amistad de sus vecinos que un bolsillo lleno de oro.

Sucedía, pues, que, no obstante la miseria, no había en la aldea nadie más feliz que Luis el pobre.

Y era feliz porque no tenía nada que echarse en cara, porque era bueno y virtuoso.

Era feliz porque su conciencia estaba tranquila.

La conciencia tranquila es la amiga mejor que tiene el hombre; no le abandona nunca.

XIII. — El Padre y la Madre.

« Honra á tu padre y á tu madre, y tendrás larga vida en la tierra.

» Hijos míos, obedeced á vuestros padres en todo lo que manda el Señor.

» Escuchad las palabras de vuestro padre, porque él os ha dado la vida.

» Y no olvidéis que vuestra madre padeció cuando os llevaba en su seno.

» El que desprecia á su padre y á su madre, no es digno de ver el día.

» Pero el que honra á su padre, hallará la recompensa en sus hijos.

» En vuestras acciones, en vuestras palabras, en todo cuanto hagáis, honrad al padre y á la madre, para que sus bendiciones caigan sobre vosotros y os protejan siempre.

» La bendición del padre y de la madre afianza la casa de los hijos, y su maldición la derriba.

» Sed el apoyo del padre y de la madre en su vejez, como ellos fueron vuestro apoyo en la juventud.

» Si fueren débiles ó si se extraviasen, soportadlos; no los despreciéis, fiados en vuestra mayor cordura, pues lo que hagáis por ellos no caerá en olvido, y en cambio del mal que hayáis podido sufrir, recibiréis bienes infinitos. »

XIV. — El Padre.

He visto al padre en medio de sus hijos.

Ocupábase de su dilatada familia, y cuidaba de ella, y trabajaba para alimentarla. « Que mis hijos sean dichosos, decía, y lo seré yo. »

Y hacía que se instruyeran, para que fuesen hombres de provecho.

Hacía que aprendieran un oficio, para que pudiesen vivir de su trabajo y no conociesen las necesidades.

Todos los pensamientos del padre se concretan al presente y al porvenir de sus hijos.

Todo lo reparte con ellos; si no tiene más que un pedazo de pan, para ellos es.

¡ Oh! Yo amaré y respetaré á mi padre.

Le respetaré mientras sea joven y fuerte, y cuide de mí.

Le respetaré cuando sea anciano, cuando haya encanecido, y sea yo joven y fuerte.

Un padre y sus hijos, es como el árbol y sus ramas.

El árbol da á las ramas la savia, el alimento y la vida.

El que hiere al árbol, hace daño á las ramas; y el que hiere las ramas, hace daño al árbol.

¿ Queréis saber lo que hace un padre por sus hijos?

Tenía un infeliz cuatro criaturas que le pedían pan,

y no podía dársele porque la miseria había entrado en su casa.

No pudiendo darles pan, les dió su sangre.

Sabía que en la escuela de medicina pagaban á las personas que se dejaban sangrar para que aprendieran los estudiantes.

Fué á la escuela, presentó sus dos brazos, y su sangre corrió dos veces.

Con el precio de su sangre compró pan, que llevó á sus hijos, y estaba contento en su miseria, porque había dado de comer á su familia.

El que no respeta á su padre es un infame.

El que abandona á su padre en la desgracia será desgraciado, y morirá en la miseria y la deshonra.

XV. — La Madre.

¡Qué de sinsabores y padecimientos soporta una madre por un hijo! ¡Qué de sacrificios por él!

Nace la criatura, y ya al nacer hace derramar lágrimas á su madre.

¡Pobre pequeñuelo! Ahí está, desnudo, endeble, gritando y llorando: ¿quién cuidará de él? Su madre, que le recibe en sus brazos, le estrecha en su seno y le alimenta con su leche.

Cuando duerme, allí está su madre; cuando cae enfermo, no se aparta de su cabecera.

El corazón de una madre es un tesoro de cariño para sus hijos.

¿No habéis visto nunca á la madre prolongar las veladas, y en tanto que todo duerme en la casa, ella sola, á la luz de la lámpara, pasando las horas con la aguja en la mano?... Trabaja para sus hijos, y por ellos olvida el sosiego.

La buena madre es la providencia de la familia.

Amad y respetad á vuestra madre, no la deis penas, y cuando haya entrado en años, sed el apoyo de su vejez.

Andrés era un hijo muy bueno. Huérfano de padre, se había quedado solo con su madre, y se dijo : « Yo seré el apoyo de mi madre. »

Trabajó con empeño; y cuando cobraba su salario, llegaba á casa muy alegre y entregaba el dinero á su madre.

Muchas veces, en tanto que los jóvenes de su edad corrían á los placeres y á las fiestas, él se quedaba con su madre y la entretenía contando cuentos.

Andrés daba el brazo á su madre cuando salía.

Y todos decían al verlos : « Andrés es un buen hijo; » y le querían y le estimaban.

XVI. — Luisa.

Luisa era una joven que había sido educada en la virtud.

Bondadosa y alegre, vivía muy dichosa.

Tenía veinte años, la edad propia para los goces y las fiestas.

Hubo en su casa una horrible desgracia : su padre, anciano y achacoso, se quedó ciego, y desde aquel día todo se concluyó para Luisa; se despidió de placeres y de fiestas, de todos los goces de su edad, y se constituyó en lazarillo del pobre ciego.

No se apartaba de su lado, para divertirle con su alegría y sus palabras; y cuando quería salir, le decía : « Padre, apóyate en mi brazo, » y le llevaba á su jardinillo ó al campo.

Luisa le hacía la relación de todo lo que el pobre



Luisa no se apartaba del lado de su padre.

ciego no podía ver, y le decía : « Aquí están los campos que nos prometen buenas cosechas, aquí los trigos en flor, aquí la avena espigada... » Y el pobre ciego creía haber visto las cosas de que le había hablado su hija.

Repetidas veces llegaban á buscar á Luisa para los placeres y las fiestas, que tanto le gustaban antes; pero ella decía : « ¿Y quién acompañará á mi padre? » Y se volvía á hacer labor al lado del ciego.

Trascurrieron así muchos años. Luisa llevaba una vida que á otras habría parecido muy triste; pero ella estaba contenta, porque aliviaba los males de su padre... Y cuando los ojos del pobre anciano se cerraron para siempre, Luisa derramó abundantes lágrimas.

XVII. — El oficial Jacobo.

El padre de Jacobo era un comerciante laborioso y activo, que daba á sus hijos el ejemplo del trabajo y la probidad.

Cayó enfermo, sobrevino una baja en los precios de las mercancías, el padre de Jacobo tuvo grandes pérdidas, y se entristeció porque pensaba en sus hijos.

Llegó el tiempo de pagar y no pudo satisfacer sus deudas : un implacable acreedor le amenazó con la justicia y la cárcel.

¡Qué doloroso espectáculo presentó entonces la familia! Los niños gritaban, la madre no podía dominarse delante de ellos y sollozaba amargamente.

Jacobo tenía á la sazón veinte y dos años. Hasta aquel día había trabajado con su padre, y todos sus ahorros estaban perdidos en la ruina de la casa. ¿Qué partido podía tomar?

Jacobo se dijo : « Justo es que no vacile en exponer mi vida por mi padre, puesto que á él se la debo. »

Había entonces una guerra, Jacobo fué á ofrecerse para servir en el ejército, y se vendió para reemplazar al hijo de un rico.

Con el dinero que había recibido podía pagar las deudas de su padre.

« Tomad, padre mío, le dijo, arrojando el dinero sobre la mesa, tomad, yo nada necesito ahora que soy soldado. »

Y hablaba así muy conmovido.

El padre se angustió sobremanera; pero Jacobo consoló á todo el mundo, dijo que le gustaba la guerra y ocultó sus lágrimas.

Jacobo ingresó en el regimiento.

Dios protege á los buenos hijos.... Al cabo de seis años volvió Jacobo con charreteras y con una cruz en el pecho. El padre estaba muy orgulloso y contaba con alegría las proezas de su hijo.

XVIII. — La Madre enferma.

Pablo y Margarita eran hermano y hermana. Pablo tenía diez años y Margarita ocho; se querían entrañablemente, y con igual ternura querían á su madre, que era una mujer muy bondadosa.

Un día la madre cayó enferma y tuvo que hacer cama.

Pablo y Margarita la cuidaron. Pablo la daba los medicamentos, y Margarita procuraba no hacer ruido y andaba siempre de puntillas.

Margarita dijo á Pablo : « Mamá está muy enferma, pero Dios puede sanarla. Vamos á nuestro cuarto á rezar á Dios por nuestra madre. »

Pablo y Margarita se arrodillaron, cruzaron las manos y oraron diciendo :

« ¡Dios mío! Nuestra buena madre ha caído enferma y padece; pero en vuestra mano está curarla. Haced que se ponga buena, para que vuelva á abrazar á sus hijos que la quieren tanto. »

Concluída su plegaria entraron otra vez en el cuarto de su madre, y ella les miró sonriendo y les dijo: « Estoy mejor, mucho mejor, hijos míos; ya me siento buena; venid aquí que os abrace. »

Y con efecto, pronto se levantó, se paseó por el cuarto y se restableció de aquella enfermedad que había tenido.

Pablo y Margarita, rebotando de júbilo, no podían cansarse de abrazar á su madre, y daban gracias á Dios porque había atendido á sus plegarias.

XIX. — La Amistad fraternal.

Los hermanos deben vivir unidos, unidos entre sí como los dedos de la mano.

Pues son como las ramas que salen de un mismo tronco, como los vástagos que brotan de una sola raíz.

Si tu hermano no es tu amigo, ¿qué amigo tendrás en la tierra?

Hemos nacido del seno de la misma madre, la misma leche nos ha dado el sustento, el mismo padre nos ha estrechado en sus brazos.

¿No estuvieron juntas nuestras cunas en la casa paterna?

¿No nos sentamos juntos á la mesa del padre y de la madre?

El que ama á su padre y á su madre, ama á sus hermanos y hermanas.

¿Cómo se desgarraría el corazón del padre, qué pena tan amarga afligiría á la madre, si pensaran que los

que han nacido de ellos y á quienes ellos aman con igual cariño, viven divididos y enemistados!

Mi hermano será, pues, mi mejor amigo, y á nadie tendré más cariño que á mi hermana.

No podré estar alegre cuando mi hermano y mi hermana estén en la tristeza; los auxiliaré si me necesitan; suyo será lo que yo posea, poco ó mucho, y jamás les cerraré mi casa ni mi corazón.

¡Qué verdad tan grande encierra este antiguo axioma:
LA UNIÓN HACE LA FUERZA!

El hombre más fuerte no podrá romper muchas ramas unidas: separadas, jugando las romperá un niño.

XX. — Los tres Hermanos.

Era en los fríos del invierno, cuando los arroyos están helados, los árboles sin hojas y no se oye en el campo el canto de los pajarillos.

Un manto de nieve cubría la tierra; todo lo que la vista podía alcanzar estaba blanco, colinas y valles, y los árboles se asemejaban al anciano de cabellera cana.

De todas las humildes casas de la aldea se elevaba una columnilla de humo; pues los pobres aldeanos estaban en torno del hogar calentando sus manos heladas, y mirando por las ventanas la triste y asolada campiña.

Miguel y Catalina eran un matrimonio pobre, y en su miseria habían padecido mucho con los rigores del invierno, porque su casita no les ofrecía un buen abrigo, entraba el viento por las rendijas de las puertas y ventanas, y á veces no tenían leña para alimentar su chimenea.

Tres hijos pequeños á quienes querían con mucha ter-

nura, les acompañaban en su pobreza : Miguel, de diez años de edad, Carlos que había cumplido ocho y Federico que apenas tenía seis.

Los pobres niños, viendo que el frío rigoroso atormentaba á sus padres, se dijeron : « Vamos al bosque á recoger leña seca que ataremos en manojos y la traeremos á casa. »

Y fueron al bosque pisando la nieve que cubría el camino y ocultaba los senderos del campo ; muy luego perdieron de vista su casita, y se internaron en la selva para recoger las ramas que había desgajado el viento de las copas de los árboles.

XXI. — Los tres Hermanos (continuación).

Mas en tanto que los tres hermanitos se ocupaban en esta tarea, no echaban de ver que caía la tarde; y se encontraban ya lejos, muy lejos, cuando observaron que se acababa la luz del día y que ya no podrían volver á su cabaña.

Apresuráronse entonces á cargar su leña y á ponerse en camino con dirección al pueblo.

Pero la nieve había borrado el camino : la nieve se adhería á sus pies y andaban con mucho trabajo, tanto que al poco rato estaban rendidos, y Federico no podía seguir adelante.

¿Qué hacer en aquel apuro? Estaban solos en medio del bosque, no veían ni cerca ni lejos ninguna luz que les anunciara una casa; y cuando gritaban, su voz se perdía en las tristes soledades.

Miguel quiso llevar á costas á Federico; pero era demasiado pesada aquella carga, tuvieron que detenerse, y los tres lloraron.

El frío arreciaba. Un cierzo helado les azotaba el



Miguel trataba de calentar á Federico entre sus bravos.

rostro y se les helaban las lágrimas que corrían por sus mejillas; tenían las manos entumecidas por el frío, y sus pies se negaban ya á todo movimiento.

Estrecháronse los tres lo más que pudieron, y viendo Miguel que su hermanito Federico estaba transido de frío, trataba de calentarle entre sus brazos.

No podía lograrlo, y temiendo ya por su vida, se quitó su ropa para cubrirle, quedándose él expuesto á todo el rigor del frío; y á todo esto lloraba; pero lloraba por sus hermanitos al mismo tiempo que los animaba con sus palabras.

XXII. — Los tres Hermanos (conclusión).

Entretanto se alarmaban mucho en la choza porque no volvían los niños: á cada rato el padre y la madre salían á la puerta, miraban hasta donde su vista podía alcanzar, pero nada veían.

Algunas veces gritaban llamando: ¡Federico! ¡Carlos! ¡Miguel! Mas ninguna voz les respondía, y sólo llegaban á sus oídos los ladridos de los perros, único ruido que turbaba el silencio de la llanura.

Por fin, salieron muy inquietos porque era ya de noche, y algunos mozos de la aldea los acompañaban con teas encendidas para buscar á los niños.

No tardaron mucho en encontrar á las pobres criaturas. El espectáculo partía el alma. Los infelices niños estaban aletargados de frío y parecían muertos.

Vieron que Miguel se había quitado su ropa para abrigar á su hermano; y como no había conseguido reanimarle, poseído de su amor fraternal, se había tendido sobre el cuerpo del pequeñuelo para calentarle y ampararle del viento y de la nieve.

Todos admiraron mucho aquella acción. Los mozos

tomaron á los niños en brazos, los llevaron á la choza, encendieron una buena lumbre, y pronto volvieron en sí los tres niños. ¡Con qué alegría se besaron entonces y abrazaron á sus padres!

XXIII. — El Amor al prójimo.

« Ama á tu prójimo como á ti mismo.

» No hagas á otro lo que no quisieras que te hicieran á ti.

» Lo que quisieras que los otros te hicieran á ti, hazlo tú por ellos.

» Ama á todo el mundo, hasta á tus enemigos; haz bien á los que te aborrecen y ruega á Dios por los que te persiguen y calumnian.

» Así te mostrarás digno hijo de tu Padre que está en los cielos, que da la luz de su sol á los buenos y á los malos, y derrama sus lluvias sobre el justo y el injusto.

» No ejerzas venganzas, ni guardes memoria de las injurias que hayas recibido.

» Perdona las faltas ajenas para que te perdonen las tuyas.

» ¿Cómo te atreverías á implorar la gracia de Dios, si fueses rencoroso con los hombres? ¿Cómo te atreverías á pedir perdón, si te reservas siempre la venganza?

» No digas: Trataré á mi prójimo como á mí me hayan tratado, y á cada cual según sus obras respecto de mí.

» No devuelvas mal por mal, ni injuria por injuria; véngate del mal haciendo bien y trata de vencer al mal por el bien.

» Todos tenemos el mismo padre; pues el mismo

Dios nos ha creado y formado del mismo barro; no somos más que una grande familia todos los hombres.

» Nuestra suerte es común : la misma tierra nos ha recibido, los mismos dolores hicieron al nacer que corrieran nuestras lágrimas; del mismo modo hemos entrado en la vida, y del mismo modo saldremos de ella. »

XXIV. — La Caridad.

« Haz limosnas de lo que tengas, no te apartes nunca del pobre, y así merecerás que Dios fije en ti sus miradas.

» Da según lo que tengas; si tienes mucho darás mucho, si poco, darás poco; pero has de dar siempre de buena gana.

» Así reunirás un tesoro para el día de la necesidad.

» Pues Dios ve los actos caritativos y los recuerda oportunamente.

» El que se compadece de los pobres presta á Dios; y Dios pagará la deuda de los pobres.

» Aun cuando no dieras al pobre más que un vaso de agua para que se refresque, tendrías recompensa.

» Reparte tu pan con los que tienen hambre, y cubre con tu ropa á los que están desnudos.

» Cuando hagas tu cosecha no te vuelvas á recoger las espigas caídas de tus manos; deja que en pos de ti las recojan el extranjero, el huérfano y la viuda para que la bendición de Dios te acompañe en todas tus obras.

» Compadécete de los que padecen, como si tú mismo padecieras.

» El que da á los pobres se enriquece; y el que desdén a los desgraciados acabará por caer en la desgracia.



Reparte tu pan con los que tienen hambre.

» ¡Ay de aquel cuyo oído es sordo á los lamentos del pobre! Un día clamará él y tampoco será escuchado.

» El que da recibirá, y la medida que emplee servirá para él en su día. »

XXV. — Los Huérfanos.

Una gran desgracia había caído en casa del pobre Marcelo : se había muerto su esposa y él no tardó en seguirla al sepulcro, llorado de todos sus vecinos porque era un hombre de bien.

Quedaban dos huérfanos, dos niños sin parientes y en la miseria... El espectáculo era bien triste.

Roberto, vecino de Marcelo, no era rico; trabajaba para mantener á su familia.

Roberto dijo á su esposa :

— Me parte el alma ver á esos pobres niños. ¿Qué va á ser de ellos?... Si quieres, los acogeremos en nuestra casa, los educaremos con los nuestros, y viviremos como podamos.

— No es posible, responde su esposa; con mucho trabajo mantenemos á los tres nuestros; ¿cómo hemos de mantener á cinco?

— Ya nos arreglaremos, replica el marido; en vez de una libra de pan no comeremos más de tres cuarterones; Dios nos protegerá, que bien alimenta á los pajarillos del campo.

Roberto salió á buscar á los huérfanos y conmovido se los llevó á su casa.

Nunca hizo ninguna distinción; á unos y á otros los quería mucho y los llamaba hijos.

Grandes privaciones tuvo que imponerse; pero cuando llegaba al fin del año su corazón rebosaba de júbilo.

Los dos huérfanos se hicieron mozos y trabajaron con sus brazos. Eran buenos obreros y al fin de la semana entregaban á Roberto el producto de sus jornales.

Así sucedió que el pobre Roberto vino á encontrarse en una posición desahogada, y todos los días colmaba de bendiciones á la Providencia.

XXVI. — Julián.

Era el tiempo en que se trabaja la viña y en que se prepara la tierra para que reciba las influencias del sol y de la lluvia.

Miguel cayó enfermo. Miguel vivía de su viña, y pensaba con dolor en que no podría trabajar y se perdería su cosecha.

Su enfermedad se iba prolongando, transcurría tiempo y su desgracia era segura.

Julián, vecino de Miguel, se dijo para sí: « Quién no hace nada por su prójimo no merece que hagan nada por él. »

Madrugaré dos horas más y me acostaré una hora más tarde, y así podré hacer la tarea de mi vecino.

Y sin decir palabra, emprende el trabajo en la viña de Miguel en cuanto rayaba el alba, y seguía por la tarde á veces hasta que salía la luna.

Á los doce días la viña de Miguel se hallaba en buen estado.

Miguel se alivió por fin y entró en convalecencia.

Un día quiso visitar su viña, aunque todavía no estaba muy firme, y se puso en camino pensando tristemente que la encontraría inculta y estéril.

¡Qué sorpresa! Habían cuidado su viña y las cepas tenían ya magníficos frutos.

Entonces supo lo que había hecho Julián, y penetrado de gratitud, estrechó la mano de su vecino, y le prometió una amistad eterna.

Julián estaba contento y así se consideraba pagado de su trabajo.

XXVII. — El Viajero.

En medio de una tempestad llegó un viajero á una aldea; la lluvia caía á torrentes y los árboles se inclinaban agitados fuertemente por el viento.

El viajero estaba empapado, lleno de lodo, y tenía frío y hambre.

Al llegar á la primera casa de la aldea, exclamó : « Abridme; dadme por piedad un poco de lumbre y un pedazo de pan. »

Pero le contestaron diciendo : « Mi puerta no se abre para los vagabundos, buscad hospitalidad en otra casa. »

El viajero llegó á otra puerta, y dijo también que tenía frío y hambre; pero el amo respondió : « ¿Tomáis mi casa por una posada?... Al extremo del pueblo hay una, y allí os recibirán. »

El viajero fué llamando de puerta en puerta, y todas las encontró cerradas.

Sin embargo, llegó á una choza muy pobre y muy humilde, y el infeliz que la habitaba le dijo : « Entrad, entrad, arrojaremos un leño más al fuego, y, á Dios gracias, nos queda algo de pan... Parecéis bien cansado, y el tiempo es horrible; esperad aquí á que pase la tormenta. »

El aldeano echó leña al fuego, y el viajero se calentó á una hermosa llama.

La mujer tomó el ropaje del viajero para secarle, y le ofreció pan con algunos huevos.



Julián emprende el trabajo en la viña de Miguel.

Era todo lo que tenían los dos habitantes de la choza.

Cuando el viajero hubo descansado y se calmó la tempestad, se despidió diciendo : « La gente de este pueblo es dura de corazón ; pero vosotros sois buenos y generosos, y Dios os dará la recompensa. Volveréis á verme... »

La mañana siguiente se oyó en la aldea un gran estrépito de caballos y de coches ; delante y detrás corrían muchos jinetes : era la escolta del rey.

Todos los aldeanos salían de sus casas á mirar con ojos curiosos... La comitiva se paró delante de la choza, y del coche se apeó un hombre, el rey en persona, que se sonreía bondadosamente.

« Amigos, dijo á los habitantes de la choza, yo soy el pobre viajero de ayer ; me perdí en la caza, y me recibisteis con generosidad...

» Ahora os voy á devolver lo que recibí : seréis los amos de la hacienda que está al fin del pueblo. »

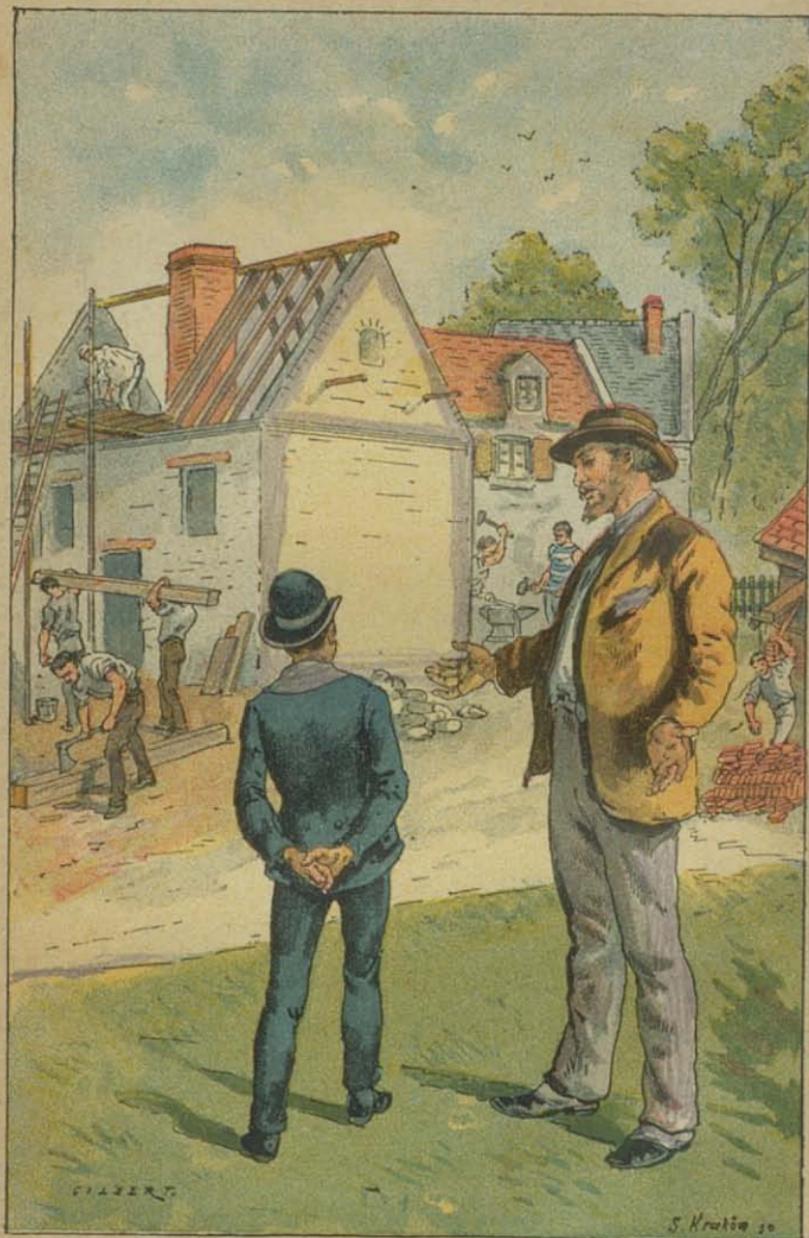
El marido y la mujer se quedaron atónitos... Los hombres inhumanos que no quisieron abrir su casa al viajero estaban confundidos, y se escondieron con su afrenta pintada en el semblante.

XXVIII. — Los Hombres necesarios unos á otros.

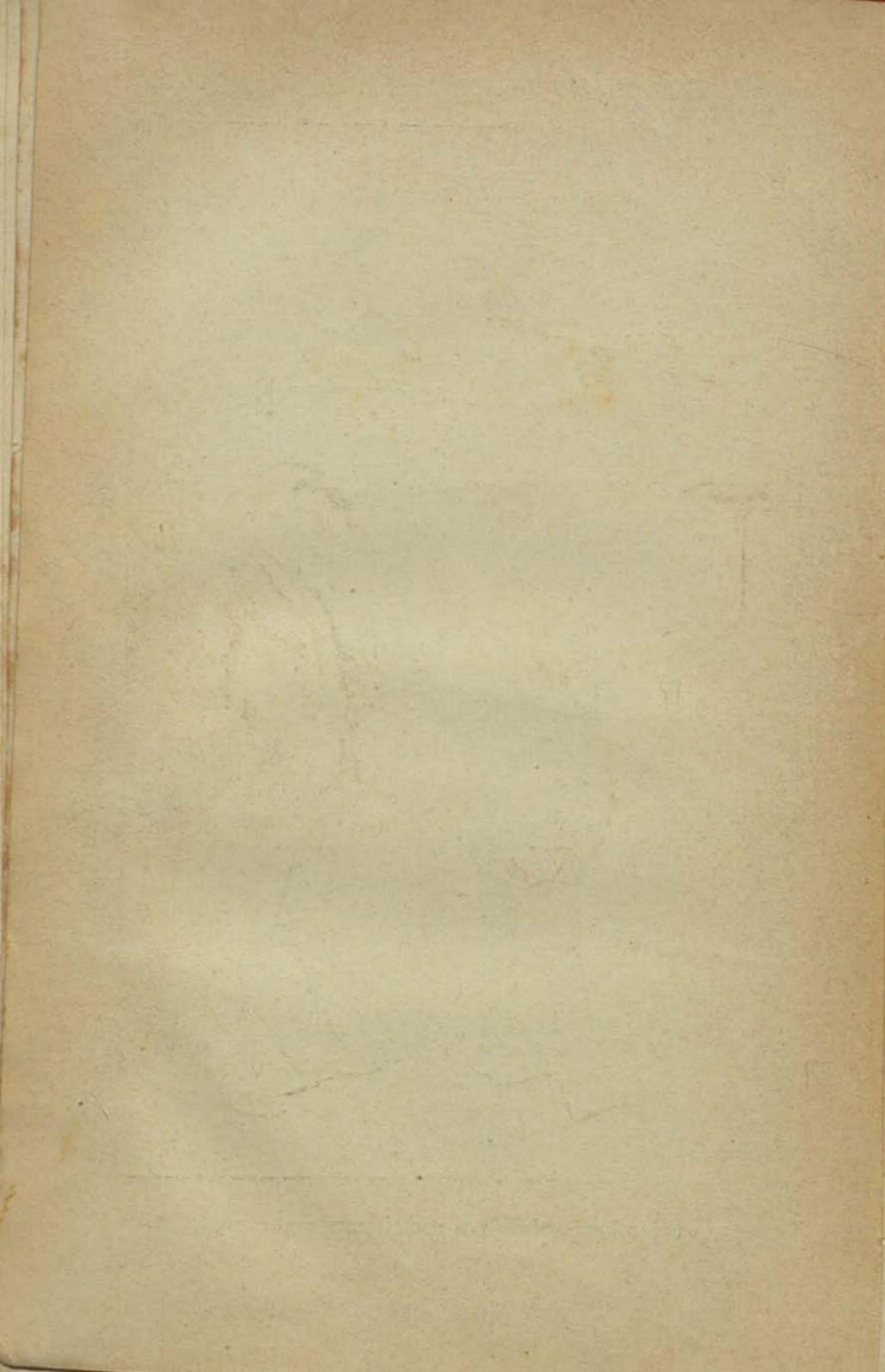
Eugenio se paseaba un día con su padre : Eugenio tenía diez años y era ya un muchacho muy juicioso.

Atravesaron campos y vieron segadores que segaban trigo, y mozos de labranza que araban la tierra.

Cruzaron la aldea y vieron que trabajaba todo el mundo ; los hombres en limpiar el grano que encerraban en el granero, y las mujeres en ordeñar vacas y en dar de comer á las gallinas.



Pues todos los hombres nos necesitamos mutuamente.



El herrero estaba en su fragua : sacaba el hierro encendido de la lumbre, y le daba forma en el yunque convirtiéndole en arado, eje para las ruedas, azada ó martillo para el trabajo de los hombres.

Había albañiles que construían un edificio, carpinteros que cepillaban madera, y cerrajeros que manejan la lima.

El molinero llevaba costales de trigo á la molienda, y la rueda del molino daba incesantes vueltas, movida por el agua.

« ¡Qué ocupados están todos aquí! exclamó Eugenio; se conoce que no les gusta el tiempo perdido.

— Es verdad, respondió el padre, pero quizás no has reparado una cosa.

— ¿Cuál es?

— Que el hombre sería muy desgraciado si estuviese solo, pues todos nos necesitamos mutuamente.

» ¿No necesitamos que el albañil construya nuestra casa, que el carpintero prepare la madera? ¿No necesitamos que el labrador siembre el grano que nos alimenta, que el segador recoja las espigas, que el molinero reduzca á harina el trigo y que el tahonero le convierta en pan?

» La ropa que vistes no la has hecho tú. ¿No necesitamos que el esquilador corte la lana y que el fabricante haga con ella el paño? ¿No necesitamos que el labrador siembre el cáñamo y el lino, que la hilandera haga las hebras y que el tejedor haga el lienzo?

» Hijo mío, todos nosotros somos una gran familia; unos á otros nos ayudamos, y no hay persona en el mundo que pueda bastarse á sí misma.

» Trabajamos unos para otros : es un cambio recíproco de servicios y de auxilios.

» Todos estamos ligados, puesto que nos necesitamos unos á otros. »

XXIX. — El buen Pastor.

Junto á la iglesia de la aldea hay una casita muy humilde.

Detrás de la casa hay un jardinillo con una cerca de zarzas, y en el jardín hay algunas flores, con árboles frutales y hortalizas.

Es la apacible morada del señor cura, con sus ventanas pintadas de verde, y su parra, cuyos pámpanos se elevan por encima de la puerta.

Vosotros los que estáis afligidos por el pesar, allí encontraréis palabras de paz y consuelos celestes.

Vosotros los que os arrepentís de un pecado cometido, allí encontraréis buenos consejos y aprenderéis á reconciliaros con Dios, con los hombres y con vosotros mismos.

El buen pastor consagra su vida al servicio de la humanidad.

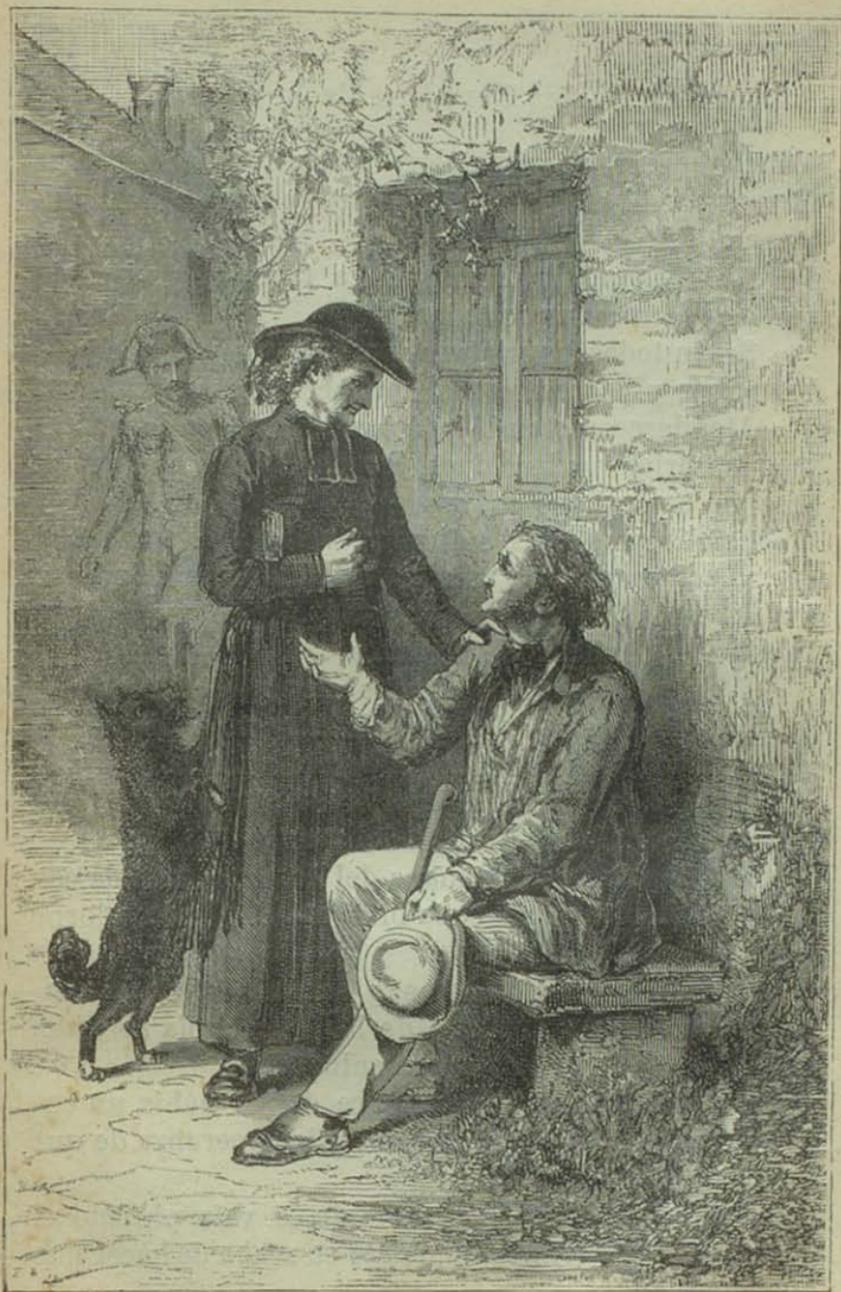
Piensa en todas las criaturas, y muy poco en su propia persona; es como el padre de la dilatada familia que le rodea.

Cuando ve un desgraciado, un hombre que llora, á ese prefiere y le visita; los hombres dichosos no le necesitan.

Cuando sabe que alguno está enfermo, acude á sentarse á la cabecera de su cama, y hablándole alivia sus dolores. Sus palabras fortifican siempre.

Los hombres no pueden hablar más que de las esperanzas de la tierra; pero él habla de las esperanzas del cielo, que son inmortales.

¡Bello y noble es su ministerio! Respetemos al que lo ejerce dignamente, al que ama á los hombres y les enseña á que se amen unos á otros.



Cuando ve un desgraciado, un hombre que llora....

XXX. — Las Hermanas de la caridad.

Compadecidas de los dolores de la humanidad, unas buenas mujeres, de corazón puro y generoso, se dijeron :

« Todo el mundo será nuestra familia, y nosotras seremos hermanas de todos.

» Serán todas las criaturas para nosotras hermanos y hermanas, y los trataremos como hermanos y hermanas.

» Atenderemos también á los niños ; les enseñaremos las primeras lecciones, les enseñaremos á orar á Dios y á amar á sus padres.

» Asistiremos á los enfermos, velaremos junto á su cama, acercaremos á sus labios la bebida calmante, limpiaremos las llagas de su cuerpo, y no perderemos de vista al desdichado que muere.

» Y así viviremos, ocupadas siempre en servir al prójimo. Trataremos de hacer bien, y no pediremos á los hombres nuestra recompensa en la tierra. »

¡Admirables y piadosas mujeres! ¡Cuánto merecéis los respetos y la admiración del mundo!

He visto pasar á la hermana del hospicio, vestida con su largo hábito y su cofia blanca... Por todo adorno tenía su aseo.

Andaba con los ojos bajos, y se sonreía cuando encontraba á algún enfermo de los que había asistido. Los niños se descubrían para saludarla.

Entró en la casita de un pobre donde había un enfermo, á quien llevaba remedios y la esperanza de que sanaría.

Luego salió, y en su semblante se veía pintado el gozo que se experimenta cuando se acaba de hacer una buena acción.

¿Qué vida es, pues, la de esas buenas mujeres, en



¡Admirables y piadosas mujeres! ¡Cuánto merecéis los respetos
y la admiración del mundo!

medio de enfermos, oyendo gritos de dolor y ayes de moribundos?

Es una vida piadosa, una vida de sacrificio, de humanidad, de amor al prójimo; pero es también una vida feliz, porque toda persona que practica el bien es venturosa siempre.

XXXI. — La Venganza.

Un hombre odiaba á Federico, y no quiero nombrarle porque debemos olvidar siempre el nombre de los malvados.

Hacíale cuanto daño podía : le calumniaba públicamente, le armaba pendencias, y se mostraba su enemigo en todo y en todas partes.

Federico permanecía tranquilo y decía : « La gente me conoce y no hace caso de las calumnias de mi enemigo. ¿Qué provechos me resultarían de vengarme? Ningún bien se saca del mal que se hace al prójimo. »

Ahora bien, sucedió una vez que un hijo del malvado se cayó y se hirió en medio del camino. Precisamente pasaba por allí Federico, y tomando en sus brazos al niño, le llevó á casa de su padre. « ¡Pobre criatura! decía, no ha de ser víctima del odio que su padre me tiene. »

Otra vez hubo una desgracia en la casa de aquel hombre; se enfermaron sus animales y estuvieron en peligro de muerte. Federico sabía remedios, los aplicó en la casa de su enemigo, y los animales sanaron.

Por último, otro día los caballos del hombre malo se desbocaron en una cuesta y le llevaban á un precipicio donde debía despedazarse contra las peñas; pero Federico corrió veloz como un rayo, sujetó á los caballos exponiendo su vida, y salvó á su enemigo.

Todo el mundo supo estas acciones y todos se decían : « Federico merece nuestro cariño porque devuelve bienes por males. »

Y el hombre malo, muy avergonzado de su conducta, se fué á Federico y le dijo : « Federico, eres un hombre bueno y yo soy un malvado; me has vencido, y te juro que desde hoy no procuraré hacerte daño alguno. »

XXXII. — El Rico malo.

Vamos á entrar en la opulenta casa de un rico toda adornada con un gran lujo.

Un ejército de sirvientes se ocupa en trabajar para los placeres del amo.

La suntuosa mesa está cubierta de manjares costosos.

De noche todo se ilumina; llegan magníficos coches, y empieza una fiesta en la que resplandecen brillantes adornos y soberbias pedrerías.

Cerca de esta casa del rico vive un pobre.

Aquí todo es tristeza y silencio. El viento sopla por las ventanas mal cerradas; no hay lumbre en el hogar, y el pobre tiene frío, tiene hambre.

Y en tanto que se aflige, oye el bullicio de las fiestas en la casa contigua.

Alguna vez había ido con su miseria á la puerta del rico; pero siempre le rechazaban, pues el amo tenía mandado á sus criados que le tratasen con dureza.

Pedía que le permitieran recoger algunas de las migajas que se caían debajo de la suntuosa mesa; pero le respondían : *Vete*, y arrojaban las migas á los perros.

En esto pasaron algunos años, el rico comprometió

sus caudales en empresas arriesgadas, y los acreedores invadieron el ostentoso palacio del hombre que había maltratado á su vecino porque estaba en la miseria.

El rico hubo de conocer también lo que era faltar de recursos; todos le abandonaron, y ya no supo lo que eran amigos.

Reducido á la condición más miserable, fué á habitar la triste casita en donde penetraba el viento por las ventanas mal cerradas.

Entretanto el pobre que había trabajado y ganado el pan con el sudor de su frente, vivía tranquilo y en paz con su familia.

XXXIII. — El Egoísmo.

¿Sabéis lo que es egoísmo?

Un hombre se dice : « Con tal que yo sea dichoso, ¿lo demás qué me importa?

» Cada cual por sí en este mundo; no he venido yo á él para trabajar por nadie, ni para privarme de nada por nadie.

» Me ocuparé de mí, pensaré en mí, viviré para mí, y los demás que se arreglen como puedan. »

Yo, siempre yo y nada más que yo, tal es el lenguaje y tales los pensamientos del egoísta.

Si ve que un hombre es desgraciado, se aleja de él para que no se turben los goces de su existencia.

Ante el espectáculo de la miseria, el egoísta se encierra en su casa, por temor de empobrecerse ó de privarse de algún placer, dando un poco de lo que posee.

Pero ¿sabéis lo que le sucede al egoísta?

Como él no quiere á nadie, nadie le quiere á él.

Como él se aleja de los hombres, los hombres se alejan de él.

El egoísta no tiene padre, ni madre, ni hermano, ni hermana, ni parientes, ni amigos.

El egoísta dice que los hombres son malvados é ingratos, siendo así que es él, el ingrato y el malvado.

« Egoísta de corazón empedernido y de alma helada, pasas tu vida abandonado, solo como un mochuelo en su nido, del que no sale más que de noche en busca de su alimento.

» Vives en tu casa como el animal inmundo vive en el agujero de una pared.

» Pero llega la vejez, llegan los achaques y el egoísta se encuentra aislado; cae enfermo en su soledad, y solo padece y solo muere. »

XXXIV. — La Familia.

Entrad conmigo en la mansión de la familia honrada.

El padre trabaja en el campo, en su casa, en su jardín, en el taller, en los negocios de su comercio, siempre activo, jamás desocupado... Y no trabaja únicamente para sí, antes bien, trabaja para su mujer, para sus hijos que le necesitan...

La madre en movimiento siempre, prepara la comida, sopla la lumbre, toma la aguja, se agita en torno de sus hijos, les arregla la ropa, limpia su casa... y no trabaja sólo para sí; lo que más la ocupa es la felicidad de su marido y de sus hijos.

Tampoco los hijos están ociosos; el mayor ayuda ya á su padre, así como la niña de más edad hace labor con su madre y lleva al recién nacido en brazos.

Por último, los más menudos van juntos al campo, arrancan hierba con sus manitas y dan de comer á la vaca y á las gallinas.

De este modo contribuye cada cual por su parte y según puede, á cubrir las necesidades de todos.

Grande ó chico, cada cual paga su tributo y le paga muy contento.

Y la felicidad común se compone de la reunión de los esfuerzos de todos.

Tal es el cuadro que ofrece la familia honrada, que vive feliz en su unión y su probidad inalterables.

Nadie puede vivir en el mundo para sí solo; vivimos unos para otros y cada cual vive para todos.

XXXV. — La Ancianidad.

Nada más bello y respetable que la ancianidad.

Contemplad á ese hombre que ha vivido largos años, con su frente cubierta de arrugas y su cabeza blanca de canas.

Tiene setenta y cinco ú ochenta años. Cuando vosotros vinisteis al mundo, él era ya viejo.

Os vió nacer, vió nacer á vuestros padres.

Es como una añosa encina del bosque en medio de árboles nuevos y de arbustos.

Fué un hombre activo y fuerte que andaba con la cabeza erguida.

Sus fuerzas se debilitaron con la edad; pero conserva su cordura y es hombre de buen consejo. Dirigíos á él, que os interesará hablándoos de los pasados tiempos y de la experiencia que adquirió en su larga vida.

Un anciano virtuoso es como un vaso antiguo que conserva el gusto del exquisito licor que encerró en otro tiempo.

¿Hay algo más venerable que la mujer virtuosa en la ancianidad?

Ya está fuera de las agitaciones domésticas; ya no tiene que cuidar de la casa y de los niños.

Sus hijos crecieron y son ahora jefes de familia; pero á veces acude en su derredor para instruirlos.

Y luego se retira á su apacible morada, pues en sus postreros días la ha dado Dios un período de reposo y de recogimiento.

Levantaos, hijos míos, delante de aquel que ha vivido largos años, y honrad á los ancianos.

En donde quiera que haya un anciano, la juventud debe ser reservada y tímida, y debe callarse para oír sus palabras.

Y que no acuse á los ancianos de falta de razón, pues la juventud es loca, en tanto que los labios del anciano revelan sabiduría.

Sí, la sabiduría reside en la boca del anciano, como la miel en el tróncico de un árbol carcomido por el tiempo.

XXXVI. — Los Sirvientes.

¡Cuán bellas son las máximas que se encuentran en los libros cristianos!

« Sé bueno con tus criados, pues sabes que su amo y el tuyo, que está en el cielo, no hace distinción de personas.

» ¿No ha criado el mismo Dios á tu servidor y á ti? ¿No sois entrambos obra de sus manos?

» Y si no has sido justo con tu criado, ¿qué harás cuando se levante Dios para juzgarte? ¿Qué responderás cuando te pregunte? »

En verdad os digo que todos somos iguales delante de Dios, y que en su presencia no hay clases ni condiciones.

Delante de Dios no hay amos ni amas, ni criados ni criadas, ni primeros ni últimos.

Delante de Dios no hay más que hombres que hizo á todos iguales, con el mismo barro.

Si quiso Dios que hubiese en la tierra desigualdades entre aquellos que son iguales delante de él, no olvidemos nunca esa igualdad primitiva y eterna ante la cual desaparecen todas las desigualdades del mundo.

Sed buenos, humanos y generosos con vuestros sirvientes : haced con ellos lo que quisierais que hicieran con vosotros; tratadlos como unos seres que Dios os ha confiado y entregado, no para labrar su desgracia, sino para labrar su felicidad, no menos que para atender á vuestras necesidades.

Si no sois indulgentes con sus defectos, ¿quién lo será con los vuestros?

¿Creéis que los defectos de los sirvientes dejan de ser defectos en los amos, y que haya privilegios de condición que hagan excusable en unos lo que se censura en otros?

Para todos es igual la regla : perdonad, pues, para que os perdonen.

XXXVII. — Los Amigos.

El buen amigo es uno de los dones más preciados de la vida, y nada contribuye más que la amistad á la felicidad del hombre.

Las alegrías son más vivas cuando hay quien participa de ellas con nosotros.

También las penas se soportan más fácilmente, cuando se tiene en medio de ellas los consuelos de un amigo.

Toda carga es más ligera llevada entre dos, y dos

ramas unidas no se rompen tan fácilmente como una sola.

¿No es más grato encontrar por los caminos ó en las calles de la población personas amigas que os sonríen y os estrechan la mano, que indiferentes que pasan sin hacer caso ninguno de lo que os atañe?

Para el enfermo, no hay nada más consolador que oír los pasos de un amigo que llega con inquietud á saber noticias de su enfermedad; si la noche ha sido mejor, si se han calmado los dolores.

Un amigo es un tesoro, bien superior al que constituyen las riquezas.

Y es un tesoro que el más pobre puede obtener, en razón á que se adquiere con la bondad y el cariño.

No sé por qué se hacen tantos esfuerzos para conquistar los bienes de la tierra, y tan pocos comúnmente para obtener un amigo.

Por mi parte prefiero que mi casa esté llena de amigos á que esté llena de lujo.

Y prefiero un solo amigo que venga á sentarse á mi hogar y me cuente sus penas y sus alegrías, y se interese por mi felicidad ó se conmueva con mi desdicha, á todos esos goces percederos tras de los cuales corre la gente.

Un hombre tenía un amigo, amigo verdadero con quien podía contar en todos los casos.

Ahora bien; un día aquel hombre sufrió una desgracia, y abandonado de todos, se acordó de su buen amigo, su último refugio.

Salió, pues, para ir á buscarle, y habiéndole encontrado en el camino, le dijo: « Iba á buscarte. »

Y el amigo respondió: « Yo iba á buscarte á ti, porque soy tu amigo. »

XXXVIII. — La Gratitude.

Á veces se deplora que sean tan escasos los hombres buenos y generosos.

Y se dice que la caridad no abunda, y que hay pocos hombres que practiquen el bien dando á los demás de lo que tienen, aunque les sobre.

Con efecto, muchos corazones parecen de piedra. Cada cual vive para sí, y por mucho que se posea, no se piensa más que en aumentar esos bienes.

Además se considera como trabajo perdido el que tiene por objeto favorecer al prójimo.

Pero hay otra cosa que abunda menos aun que la caridad, y es la gratitud.

Muchos reciben los beneficios como una cosa que se les debe.

Y la semilla que siembra el bienhechor, cae sobre una tierra ingrata y estéril.

Se pierde fácilmente el recuerdo del beneficio recibido, y la gratitud parece una carga que abrumba con su peso.

¿Qué es, pues, el ingrato? Es el árbol que da frutos amargos en premio de los cuidados que con él se han tenido.

Es la fría serpiente que uno ha calentado en su regazo y que hierde con su ponzoña el seno que la reanima.

Huye del ingrato; y para no parecerle á él, conserva en el fondo de tu corazón el pensamiento del bien que has recibido.

¿No sabes que hasta los animales son agradecidos, y que el perro lame la mano que le pega, porque no olvida que esa misma mano le acaricia?



Vino á ser tan desgraciada como aquellos á quienes socorró
en sus felices tiempo.

XXXIX. — Miguel el anciano.

Una señora muy rica, de alma tan bella y corazón tan bueno como su fortuna era grande y elevada, se complacía en hacer bien en su derredor.

Su casa era la de los pobres, y la querían y respetaban tanto, que todos al verla habrían deseado besar la orla de su vestido.

Acaeció que tuvo grandes desgracias : perdió su fortuna, y pasó de la opulencia casi á miseria.

Vino á ser tan desgraciada como aquellos á quienes socorrió en sus felices tiempos.

Ahora bien, un día que se hallaba triste y sola en su humilde morada, vió llegar á Miguel, un criado suyo viejo ya, y que recordaba lo que debía á su señora.

Miguel estaba muy conmovido : traía debajo del brazo un talego lleno de dinero; quería hablar y le temblaba la voz en la garganta.

Por fin, serenándose un poco, arrojó el talego sobre la mesa y exclamó, diciendo : « Eso os pertenece; hace mucho tiempo que os lo debo, y ahí lo tenéis.

— ¿Qué dices, Miguel, qué dices? replicó la señora.

— Sí, continuó el anciano; cuando estaba á vuestro servicio fuisteis muy buena conmigo, me colmasteis de beneficios, y mis hijos se establecieron gracias á vuestros favores.

» Necesité dinero para comprar una casa y unas tierras, y salió de vuestro bolsillo.

» Merced á vuestras bondades he vivido feliz, he envejecido en paz cuidando de mi hacienda.

» Pero ahora sucede que habéis venido á menos.... sois desgraciada.... y habiéndolo sabido, he vendido mi casa y mis tierras, y os traigo aquí el dinero que me han dado por todo.

» Yo soy viejo, y para el corto tiempo que he de vivir, con lo que me queda me sobra. »

Puedo aseguráros, hijos míos, que Miguel era más feliz cuando entregaba aquel dinero á su señora, que cuando lo recibió y compró su hacienda.

XL. — El Orgullo.

El orgulloso se dice á sí mismo : « Yo soy más que todos; ninguno es superior á mí. »

Poseído de amor propio, exaltado de estimación por su persona, considera á los demás tan pequeños, que él se cree un gigante cuando hace comparaciones.

Sin embargo, ¿ sabéis lo que es en realidad el orgulloso?

Es un globo lleno de viento que se eleva; pero dentro de él no hay nada.

Todo es ruido y apariencia exterior : en el interior está el vacío.

¡ Cuán preferible es el hombre modesto y tímido, que habla de los demás y nunca de él; que teme figurar en primera línea; cuya palabra es firme y severa como conviene á un hombre de bien, sin énfasis ni vanas ostentaciones!

Contemplad un instante al orgulloso : anda con la cabeza erguida y apenas se digna mirar á nadie; hay que abrirle paso, porque todo se le debe; y sin embargo, no es más que un compuesto de necesidad y vanidades locas.

Contemplad ahora al hombre modesto. Éste no trata de imponerse, ni quiere que nadie le rinda homenaje; desea ocupar el último puesto, y si no le fueran á buscar para que ocupe el primero, seguramente jamás le ocuparía.

Y sin embargo, el hombre modesto posee en realidad todo el mérito que se imagina tener el orgulloso.

Entre ambos existe la diferencia que el orgulloso no es sabio ni grande sino en su propia opinión, en tanto que el hombre modesto lo es en la opinión de sus semejantes.

XLI. — La diferencia de condición.

Muy variadas son las condiciones del hombre : este ocupa un puesto y aquel ocupa otro; el uno está más arriba y el otro más abajo, porque así lo quiere la ley común.

Hay operarios que trabajan con sus manos, herreros que forjan el hierro, leñadores que cortan los árboles, mineros que socavan las entrañas de la tierra, tejedores que fabrican lienzo.

Hay labradores que cultivan la tierra, la fertilizan y sacan de ella los abundantes y preciados frutos que nos alimentan á todos.

Hay soldados que defienden la patria, derramando su sangre en los combates.

Hay magistrados que administran y gobiernan las provincias.

Hay jueces que aplican las leyes castigando á los culpables y haciendo que se dé á cada uno lo que le corresponde.

Preciso es que cada hombre se destine á alguno de estos cargos.

Si todo el mundo labrase la tierra, no habría herreros para forjar el hierro del arado.

Si todo el mundo quisiera ser herrero ó carpintero, no habría labradores para alimentar á los carpinteros y á los herreros.

Si no hubiera quien hilara ni tejiera, no tendrían vestidos los labradores y los herreros.

Y si no hubiera jueces que administran justicia y soldados que defienden la patria, no habría por todas partes más que desgracias, trastornos, rapiñas, injusticias y violencias.

No nos quejemos pues : las cosas son lo que deben ser y no podrían ser de otro modo.

Todo hombre que trabaja es útil á los demás, y cumple con la tarea que Dios le ha impuesto.

Sólo los ociosos y los perezosos son inútiles para sí mismos y para sus semejantes.

XLII. — El Tribunal.

Acabo de visitar el santuario en donde se administra la justicia, y he visto á los jueces en su tribunal en medio del pueblo reunido.

Todo el mundo callaba escuchando con recogimiento, y nadie se atrevía á turbar con una palabra aquella calma solemne.

Los jueces muy atentos, tenían el aire de gravedad propio de los hombres encargados de una grave tarea.

Ante los jueces comparecieron los hombres culpables, para ser castigados con las penas que marcan las leyes.

Compareció un malvado porque había herido á un hombre sin razón ninguna, y el juez le dijo : « La ley castiga al que hiere á su semejante. »

Y mandó que el hombre que había herido fuese arrojado en un encierro.

Compareció un ladrón que se había ocultado después de robar, pensando que así se ignoraría su delito.

Pero la justicia está alerta, tiene buenos ojos y el juez aplica la ley al delincuente.

Y mandó que el ladrón pasase muchos años en la cárcel.

El ladrón se retiró cubierto de rubor, bajando la cabeza, porque no se atrevía á mirar á aquellos hombres que le miraban.

Luego compareció un muchacho que se había atrevido á faltar al respeto debido á su padre, levantando sobre él su mano.

Y se oyó la severa voz del juez contra el muchacho, que decía : « El que falta á su padre falta á Dios, y es castigado por los hombres. »

Y mandó que encerrasen por algunos años al chico culpable en una cárcel, sin que pudiera salir aún cuando su padre le perdonara.

La justicia de los hombres es más severa que la justicia del padre, y no perdona aún cuando perdone el padre.

XLIII. — El Criminal.

Estaba yo todavía en el santuario en donde se administra la justicia, y los jueces seguían sentados, con su imponente vestidura negra.

Mucha gente escuchaba : había allí hombres que habían dejado sus ocupaciones, mujeres y niños que acompañaban á su madre.

Un joven compareció ante los jueces, pálido y abatido, con sus vestidos en desorden y muy turbado su rostro.

Cuando se sentó entre su escolta de soldados, uno de los jueces se levantó y dijo : « Este joven se ha introducido de noche en una casa y ha robado dinero. »

Y otro juez preguntó al mozo : « ¿Qué edad tenéis?

— Veinte años.

— Pocos son para cometer delitos y andar en cárceles. ¿Por qué habéis obrado así?

— Porque tenía hambre.

— Y cómo es que no teníais pan?

— No trabajaba.

— ¿Y por qué no trabajabais? »

No supo qué responder, y su frente se cubrió de vergüenza.

El juez continuó diciendo.

« Vuestro padre era un buen obrero. ¿Por qué no trabajáis como él? Los hijos deben seguir el buen ejemplo de sus padres. »

Y el culpable respondió :

« No he seguido el ejemplo de mi padre. »

El juez añadió : « Habéis recibido lecciones de un buen maestro que os ha enseñado los principios de la probidad y el honor : ¿Por qué habéis olvidado las lecciones de vuestro maestro? »

El culpable exclamó más avergonzado que nunca : « Sí, las he olvidado y ha sido mi pérdida. »

El juez concluyó diciendo : « Sí, podéis decir que ha sido vuestra pérdida el no haber seguido los ejemplos de vuestro padre y el haber olvidado las lecciones que recibisteis en la infancia : principiasteis por la holgazanería, habéis sido arrastrado por el vicio, y ahora os encontráis en el banquillo de los acusados, esperando el castigo que os impondrá la justicia. ¡Que vuestro ejemplo sirva de escarmiento! »

El mozo lloraba; pero la justicia es inflexible y la voz severa del juez pronunció la pena de *cinco años de encierro*.

¡Cinco años entre las paredes y las rejas de una cárcel, cinco años de afrenta y de infamia!

XLIV. — La Cárcel.

¿Sabéis, queridos míos, lo que es una cárcel?

Es una casa muy grande con muchas rejas de hierro, puertas de hierro y cerrojos de hierro.

Al rededor de sus altas y negras paredes hay soldados de centinela con el fusil al hombro.

Dentro de esa casa tan triste encierran á los penados, al ladrón que ha robado, al hombre colérico que ha derramado sangre, al impúdico que ha ultrajado las buenas costumbres.

Y conforme van entrando, una voz dice : *Tres años, cinco años, seis años, diez años.*

Un hombre escribe en su registro : *Tres años, cinco años, seis años, diez años*; es la sentencia, es el tiempo que han de pasar los delincuentes en los calabozos de la cárcel.

Y á cada instante del día y de la noche, les parece oír la voz que repite : *Tres años, cinco años, seis años, diez años.*

En todo ese tiempo no se abrirán más para ellos esas puertas de hierro; están separados del mundo, separados de sus padres y amigos, separados de los hombres en libertad, que andan por donde les agrada, separados de toda fiesta, de toda alegría... Encima de su cabeza, el cielo ó la bóveda de la cárcel; á sus pies, la tierra; en su derredor, paredes y cerrojos...

¡Oh! ¡qué reflexiones tan amargas y dolorosas hace allí el hombre! « ¡Habría podido ser honrado y virtuoso y estaría libre y contento en medio de mis amigos; tendría á mi vista el risueño espectáculo de la naturaleza y no estaría oyendo el ruido de las rejas, de los cerrojos y de las llaves! »

La voz del carcelero les grita : *Trabaja...* y cuando

han trabajado, repite la voz : *Trabaja...* y cuando cesan rendidos de cansancio, dice la voz : *Duerme.*

Tal es su existencia, su horrible existencia durante *tres, cinco, seis ó diez años.*

XLV. — El Hombre de bien.

Salgamos del recinto de las cárceles donde se oprime el alma, y visitemos la casa sencilla y modesta del hombre de bien.

El hombre de bien es el que puede decir tranquilamente en su conciencia : « No tengo nada que echarme en cara, no he hecho daño á nadie, no he perjudicado á mi prójimo. »

Cuando el hombre de bien es rico, no emplea en el mal los bienes que debe al cielo, sino que hace de ellos tan buen uso, que todos bendicen á Dios porque le ha dado tales bienes.

Cuando es pobre, no pasa día sin que pueda decirse á sí mismo. « Mi vestido es sencillo, mi alimento frugal y á veces como pan duro; pero mi corazón es tan noble y mi alma tan grande, que pueden dar envidia á los ricos y á los poderosos.

« Lo poco que poseo es mío, lo he ganado con mi trabajo, con el sudor de mi frente, y nadie tiene nada que echarme en cara. »

Así sucede que vive sin tormentos, ni turbación de ánimo en medio de las fatigas de su labor cotidiana : vive en paz y duerme sosegado.

En todas partes puede presentarse con la frente erguida; sus pensamientos están en sus labios, y no los oculta, porque ninguno de ellos deja de ser bueno y puro.

Cuando se entra en casa del hombre de bien que vive

feliz en su pobreza, es cuando puede decirse con verdad : *La satisfacción interior es preferible á un tesoro. La buena conciencia es una riqueza.*

Más vale el pan duro ganado con honradez, que los suntuosos manjares que cuestan remordimientos.

Sale muy caro un bien que nos seduce, si debemos comprarle con nuestra virtud y nuestra inocencia.

XLVI. — Los seis mil pesos.

Había una vez un pobre carpintero activo y laborioso, y desde por la mañana hasta por la noche se le oía trabajar con la sierra y el cepillo.

También se oían sus alegres cantares, pues el hombre honrado que trabaja tiene el corazón gozoso.

Un día le dieron á componer un mueble muy viejo, y el carpintero arrancaba tablas y sacaba clavos, cuando detrás de una tablilla, acierta á descubrir unos papeles metidos en una especie de secreto.

Eran billetes de banco; y entre los papeles había rollitos de monedas de oro.

Se pone á contar, hace la suma, y había seis mil pesos.

El buen hombre contemplaba todo aquello deslumbrado, porque jamás había visto semejante tesoro.

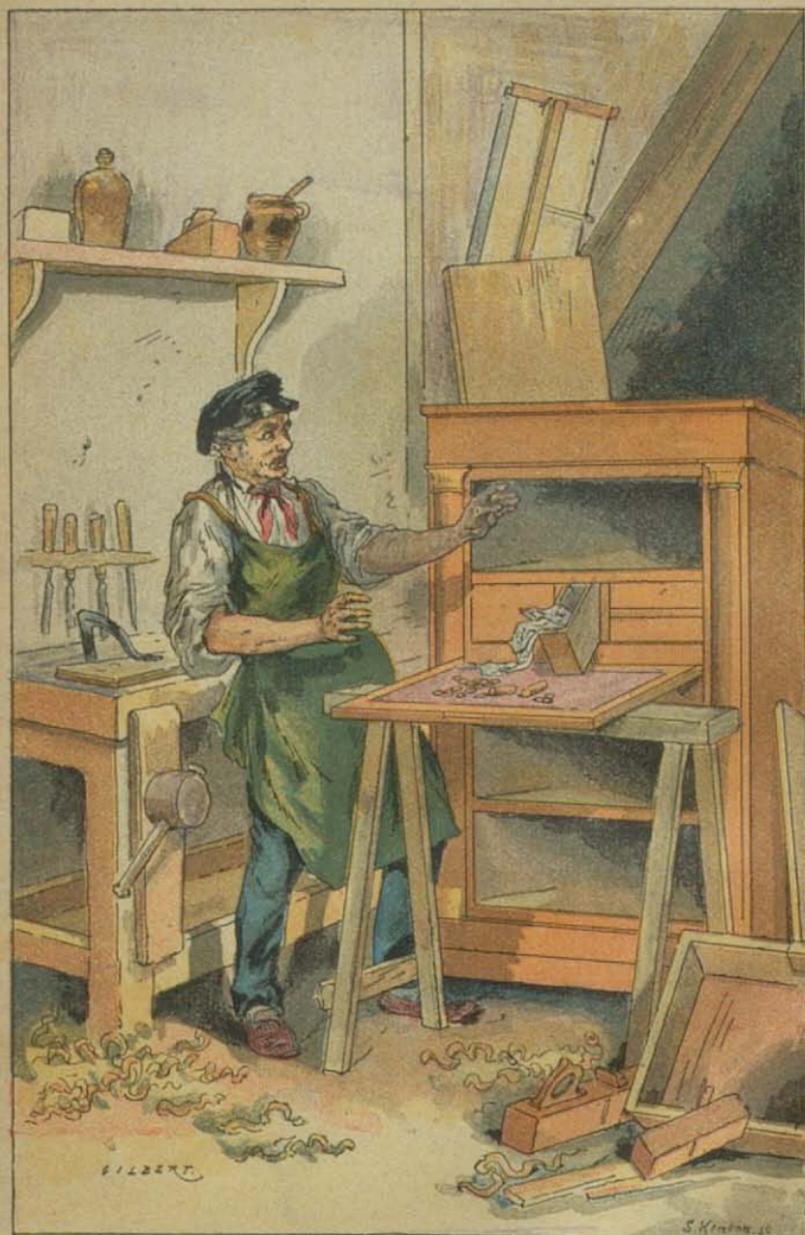
Recoge, pues, el dinero y le lleva á su mujer para que vea aquella riqueza.

« ¿Qué es eso? pregunta la mujer; ¿es tuyo? »

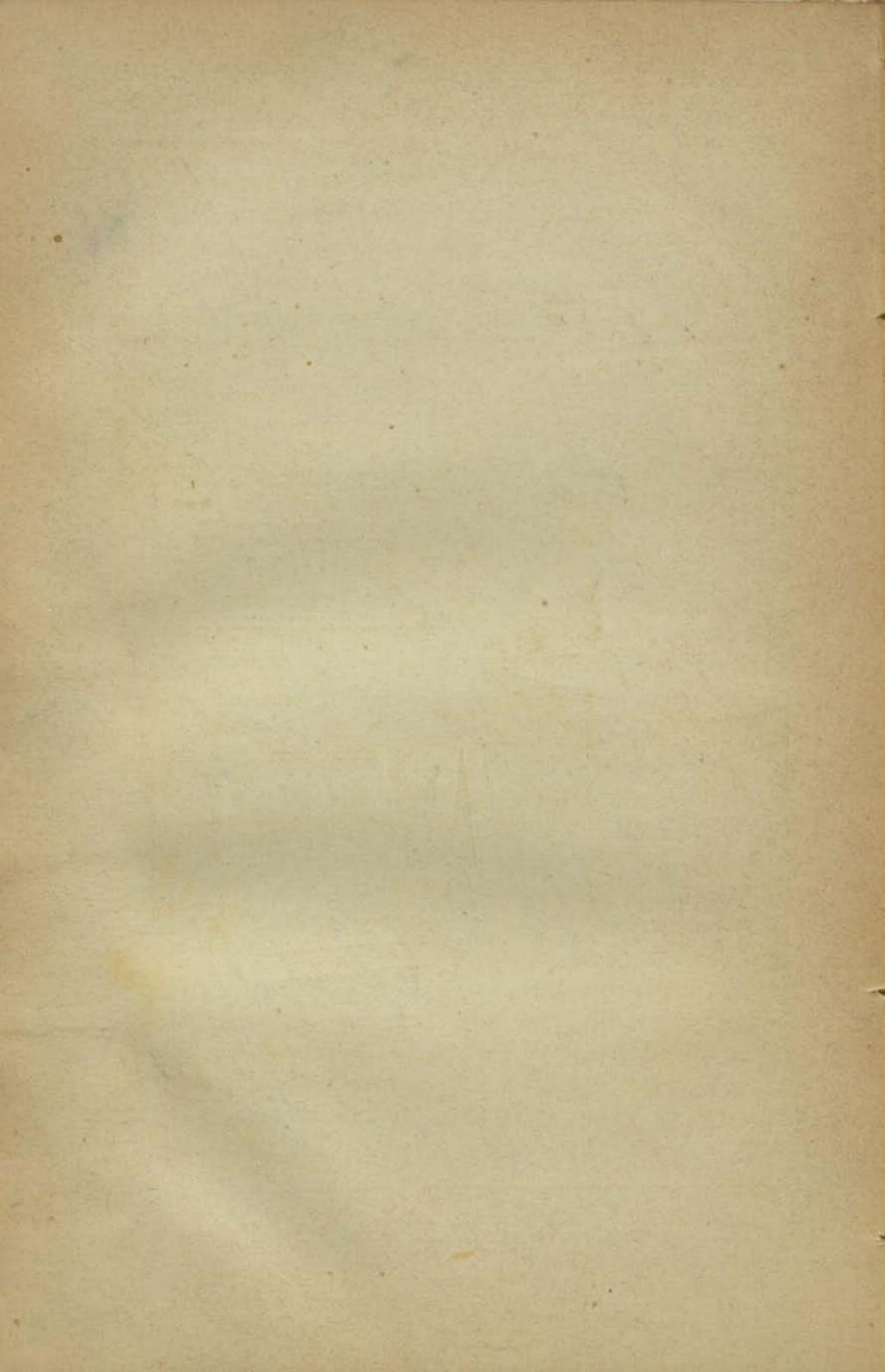
— No, responde el marido; sólo lo que ganamos nos pertenece; yo no he ganado este dinero y por consiguiente no es mío. »

Y cuenta su hallazgo. Su mujer le dice :

« ¿Y no te parece que podemos quedarnos con ese dinero? »



El buen hombre contemplaba todo aquello deslumbrado.



— No, puesto que no lo he ganado; los ladrones son los que se quedan con lo que no les pertenece, y yo no soy ladrón.

— Sí; pero tú lo has encontrado.

— Es verdad; pero alguno lo ha perdido y suyo es : de ninguna manera puede ser mío.

— Tienes razón, dice la mujer, bienes mal adquiridos no aprovechan.

— Quién sabe, añadió el carpintero, si el que lo ha perdido no lo necesita más que yo... pues yo tengo brazos y ganas de trabajar, y con esto se va adelante... Ea, devolvamos pronto ese dinero. »

XLVII. — Los seis mil pesos (conclusión).

El carpintero metió los seis mil pesos en un talego y se encaminó á la casa donde vivía la persona que le había entregado el mueble.

Pensaba obrar con cautela, pues podía suceder que el dueño del mueble no lo fuese del dinero...

Entra y se halla en un cuarto que habitaban dos jóvenes que parecían pobres.

Una de ellas estaba enferma en la cama, y la otra hacía labor con afán, como quien trabaja para ganarse el sustento.

El carpintero habló de cosas indiferentes y nada decía del objeto de su visita; habló del trabajo, dijo que los tiempos eran malos, y que no todos los obreros encontraban modo de ocuparse.

La joven que cosía, dijo :

« Tenéis razón, los tiempos son muy malos : mi hermana está enferma y mi aguja no basta para alimentar á dos mujeres. »

Y al hablar así, la pobre joven lloraba.

Luego añadió: «Lo peor es que no estamos acostumbradas al trabajo... Creíamos ser ricas, puesto que nuestro padre nos repetía frecuentemente que muerto él no careceríamos de nada... Sin embargo, ya está enterrado, y nosotros nos vemos pobres como nunca.

—¿Y cómo es eso? preguntó el carpintero que ponía mucha atención á las palabras de la joven.

—Sí, repitió ésta, mientras mi padre vivía éramos ricas; siempre tenía dinero guardado en el mueble que estáis componiendo y nos daba para nuestros vestidos y adornos... Pero murió de repente, y no sabemos en qué ha venido á parar lo que tenía... Lo cierto es que somos pobres y que mi hermana ha caído enferma de miseria... »

El carpintero se conmovió hasta el fondo del alma; vió la verdad, y las palabras acudían á su boca y sus ojos brillaban de júbilo.

«No está perdida vuestra fortuna, exclamó, aquí la tenéis; ya no seréis pobres, sino ricas como antes, contad vuestro dinero, que nada os faltará, yo os lo aseguro.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! añadió, ¡qué buen día ha sido hoy para mí! Jamás he estado tan satisfecho.»

El asombro de las dos jóvenes le causaba la más viva alegría, y en medio de su gozo, refería cómo había descubierto aquella riqueza.

Después de esto, volvió apresurado á su casa y dijo á su mujer: «Acabamos de hacer una buena acción, pues el dinero que hemos encontrado pertenecía á dos jóvenes que se morían de miseria... y ahora son dichas para toda su vida... Si nos hubiésemos quedado con el hallazgo, habríamos causado la muerte de las dos pobres jóvenes, y habríamos sido ladrones y asesinos.»

XLVIII. — El Depósito.

Pedro tenía que ingresar en las filas del ejército, y á punto de marchar, fué á ver á su amigo Francisco y le dijo : « Guárdame estos doscientos pesos que he ahorrado hasta que vuelva. »

Pedro se vistió el uniforme, tomó parte en muchas batallas, y Francisco guardaba su dinero.

Sin embargo, sucedió que tuvo desgracias Francisco; tuvo pérdidas en su comercio, se cargó de deudas y á duras penas podía alimentarse.

Un amigo le dijo : « Muy apurado estás... ¿por qué no dispones de los doscientos pesos de Pedro? Con el tiempo se los podrás devolver... »

— No, no, respondió Francisco, antes que tocar á ese dinero me moriría de hambre... Ni siquiera una vez he desatado los cordones del saco, y no los desataré... Ni yo, ni mi mujer, ni mis hijos, los desataremos... No se necesitan cerraduras ni llaves para guardar lo que se confía á un hombre de bien... »

Pasaron seis años. Pedro había cumplido su tiempo de servicio; pero nadie hablaba de él y nadie sabía su paradero. Quizás había perecido en alguna batalla, ó estaba prisionero en país enemigo... Lo cierto es que no había noticias de ninguna especie.

Justamente era el tiempo de los mayores apuros de Francisco, y partía el alma verle con su familia en la más completa miseria.

Otro amigo le dijo : « Seguramente Pedro ha muerto, no se oye hablar nada de él... Tú eres su heredero; ¿por qué no echas mano del depósito? »

— Porque no se debe tocar á lo que no nos pertenece... No, no tocaré al saco de Pedro; para mí es lo

mismo que si estuviera lleno de piedras... Si le abriera me parece que saldrían serpientes...

« ¿Crees que no prefiero yo comer pan negro antes que comerme el pan de otro? »

Y Francisco continuó siendo pobre y desgraciado, mientras guardaba fielmente el dinero de Pedro.

Ahora bien, un día se oyó en el pueblo un ruido de tambores y trompetas : pasaba un regimiento, y era el regimiento de Pedro.

Pedro había estado prisionero mucho tiempo, y ahora volvía á su hogar.

Cuando vió á su amigo Francisco tan pobre y miserable, no le habló del depósito, porque pensaba que el pobre hombre había necesitado su dinero para vivir.

Francisco fué á verle y le dijo : « ¡Ah! ya estás de vuelta con nosotros... Aquí tienes tu dinero, amigo mío. »

Y le entregó el saco atado como él se le entregó, con su dinero intacto.

XLIX. — Los embusteros.

Un hombre tenía el vicio de mentir para que le creyeran más rico de lo que era.

Sin embargo, un amigo le dijo : « No veo lo que ganas con tus mentiras, pues ellas no aumentan tu fortuna. »

Otro mentía para que le creyeran hombre de mucho talento.

Un amigo le dijo : « El talento no se prueba charlando mucho. Un negro se puede pintar de blanco el semblante, pero no por eso dejará de ser negro. No creas que se engaña á la gente con tanta facilidad, pues se ve la mentira, se sabe que los zánganos no labran la miel, aunque hagan zumbando más ruido que las abejas... »

Otro mentía por afán de engañar, y para salir ganancioso en sus tratos.

Pero hubo un hombre que le dijo : « No te mezcles con nosotros, malvado; el dinero que se gana con mentiras es un robo... Tú me sacas el dinero con palabras, y el ladrón con sus manos; ¿qué diferencia existe entre vosotros dos? que empleáis diferente instrumento; el corazón es el mismo... »

Yo diré, pues, la verdad siempre y siempre.

La diré, aun cuando sea contra mí, aun cuando pueda perjudicarme.

Diré la verdad á mis amigos, á mis enemigos, á todos.

El hombre de bien no anda con careta, sino con el rostro descubierto.

Prefiero que me critiquen los defectos que pueda tener, antes que oír elogios de virtudes que no tengo.

El hombre de bien se sonroja cuando le ensalzan por méritos de que carece, y dice : « Las alabanzas que me prodigáis son buenas para otros.

« Yo no quiero enriquecerme con dinero que no es mío; no quiero envanecerme con lisonjas que no me corresponden. »

L. — La Probidad.

¿Puede el hombre faltar á una promesa?

¿Os parecería bien que os faltaran á lo prometido?

Cuando yo prometo una cosa, es como si la diera; y lo que he dado ya no es mío...

Lo mismo sucede con lo que debemos; lo que debemos no nos pertenece.

Si yo debo dinero y tengo una peseta en el bolsillo, esa peseta no es mía, es de mi acreedor.

El que debe y no paga, pudiendo pagar, comete un robo.

El bolsillo del que paga sus deudas se aligera; pero en cambio el corazón está satisfecho.

Tener la conciencia tranquila, vale más que tener los bolsillos repletos.

Un hombre compró mercancías al fiado y firmó un pagaré á seis meses.

En ese tiempo perdió el vendedor aquella obligación y estaba con zozobra porque no había testigos del trato.

Llegó el vencimiento, fué á pedir su dinero y se excusó porque había perdido el pagaré; pero el deudor le dijo :

« Sí, había un testigo cuando hicimos el trato, y era Dios.

» No hice mi promesa ante los hombres, sino ante Dios, y me parece que es buen testigo. »

Y le entregó cabal su dinero.

LI. — La Probidad (conclusión).

¿Obraríais mal por ganar algo, con tal de que nadie lo supiera?

No; yo no obraría mal, porque aborrezco el mal... Dios ve lo que no ven los hombres; y si es verdad que no quiero tener que sonrojarme delante de los hombres, tampoco quiero sonrojarme á mis propios ojos. Y el mal siempre es el mal, aun cuando los hombres no lo vean...

Una vez preguntaron á un hombre : « Si sólo con tu deseo, con tu voluntad, sin que lo supiera nadie, pudieras dar muerte á un hombre en *la China*, á mil miriámetros de aquí, y gozar de su fortuna en Europa, ¿lo harías? »

Y el hombre respondió : « Es cierto que se puede uno librar de la justicia humana, mas no del castigo que impone la conciencia. »

» Se puede esquivar la pena; mas no puede uno huir de sí mismo.

» El remordimiento es un verdugo más terrible que los verdugos que ejecutan las sentencias de la justicia humana.

» Y cuando no aplican los hombres el castigo, Dios se constituye en juez y vengador.

» El criminal cree ver siempre una mancha de sangre en el dinero adquirido por el crimen : eso es lo cierto.

» No : yo siempre obraré bien, de cerca ó de lejos, en secreto como en público, á los ojos de todo el mundo, como á los ojos de uno solo.

» Quiero poder presentarme tranquilo á toda hora del día y de la noche, ante el juez supremo, ante el juez de todos, para quien nada está oculto y que lee en el fondo de los corazones. »

LII. — La Profesión.

Una idea se presenta temprano en la niñez á la mente de todos...

Todos nos preguntamos : « ¿Qué seré yo? ¿Qué profesión será la mía? »

Y sobre esto se atormenta la imaginación, porque el problema no es fácil de resolver.

Hay niños que quieren elevarse, que desdeñan la humilde casa paterna, porque tienen altas aspiraciones.

Éstos se dicen : « Quiero un brillante uniforme, quiero una charretera de oro, quiero dignidades, quiero riquezas... »

Sin embargo, hay algo, queridos míos, que vale más que todo esto, que vale más que el uniforme, la charretera de oro, las dignidades y las riquezas...

Es la satisfacción interior y la paz del alma.

Ahora bien, la satisfacción interior y la paz del alma pueden encontrarse en todas partes, lo mismo en la condición más humilde que en la más alta, lo mismo en una choza que en un palacio...

No nos atormentemos, pues, por lo que no está á nuestro alcance, no sea que queriendo lo que se encuentra muy alto, perdamos lo que tenemos á mano...

Siempre es buena la profesión que proporciona el sustento al que la ejerce, con tal de que sea honrada.

¿Por qué ha de querer un hijo ser más que su padre? Por mi parte, comprendo la satisfacción del comerciante que puede decir : « Hace doscientos años que de padre en hijo ocupamos la misma tienda... »
¿No es esto una nobleza?

Yo he conocido una familia que desde tiempo inmemorial trabajaba en arrendamiento la misma hacienda; y se enorgullecía de ello como los nobles de sus pergaminos, y tenía razón.

Sólo en las familias donde es hereditaria la honradez y se trasmite con la sangre, se ve esa larga estabilidad...

Los vicios de los hijos acaban muy pronto con la casa de los padres.

LIII. — El Hombre sabio.

He aquí una historia antigua muy interesante.

Era un hombre nacido de sangre real; pero muy pobre y que vivía dichoso en su casita.

Ocupábase en cultivar su huerta, regaba sus verduras, podaba sus árboles frutales y cuidaba algunas flores por pasatiempo.

En su corral cantaba el gallo en medio de algunas

gallinas, y por las tardes entraban dos hermosas vacas en su establo.

Las verduras de su huerta, las frutas de sus árboles, la leche de sus vacas y los huevos de sus gallinas, que vendía en el mercado, le daban lo bastante para su sustento.

Ahora bien : sobrevinieron grandes agitaciones en el país, el rey cayó del trono, y ofrecieron la corona á aquel hombre sencillo, porque sabían que corría por sus venas sangre real.

Trabajando en su huerta le encontraron, y habiéndole adornado con las insignias de la majestad, le llevaron pomposamente á presencia del pueblo.

No se deslumbró con aquel aparato; pero cuando vió que se agrupaban en su derredor y que le aclamaban, no siéndole posible rehusar tan alta dignidad, exclamó diciendo : « Vivía yo feliz y tranquilo, sin pedir á Dios otra cosa que el agua necesaria para regar mis verduras y mis flores.

» ¡ Quiera el cielo que soporte los esplendores como he soportado la pobreza!

» No tenía nada, y nada me faltaba : mis manos sabían cubrir todas mis necesidades... ¿ Podía acaso desear otra cosa?... »

LIV. — El Pastor.

Otra historieta antigua no menos digna de vuestra atención, queridos míos.

Un día un rey encontró á un pastor y vió que sus ganados estaban muy hermosos y que sus perros eran activos y vigilantes, en tanto que los ganados de los demás pastores no tenían buen aspecto porque sus perros se dormían en vez de cuidarlos.

El rey le dijo : « El que es buen pastor de ganados debe ser también buen pastor de hombres; » y le llevó á su corte, y le dió un empleo elevado y honroso.

Ahora bien, el pastor demostró mucha sabiduría : administraba justicia con firmeza, era justo con grandes y pequeños, y no hacía distinciones.

Sin embargo, los malvados se reunieron contra él; trataron de perjudicarle en el ánimo del monarca, y contaron que se enriquecía con los despojos del pueblo, y que tenía ya en su casa un tesoro...

El rey acabó por creer las calumnias de los malvados y habiendo llamado al pastor, le habló con ira del tesoro escondido en su casa.

« Es verdad, contestó el pastor, que tengo un tesoro en mi casa, un tesoro que vale más que todos las riquezas de los reyes.... » Y al mismo tiempo mandó que abriesen las puertas y trajeran el cofrecillo que encerraba aquel tesoro.

Abrieron el cofrecillo y miraron... Era la ropa que usaba el pastor cuando guardaba carneros; el pellejo de piel de cordero con que se cubría, su morral y su cayado.

« Ahí está mi tesoro, dijo el pastor : cuando vestía esa ropa, vivía feliz y en sosiego; en tanto que ahora, desde que gasto esta hermosa vestidura, me asaltan los cuidados y las penas.

» Volveré, pues, á vestirme de pastor, tomaré el morral y el cayado, y seré feliz como antes.

» Adiós palacio, adiós grandezas y dinero; me vuelvo al prado con mis carneros y mis perros. »

LV. — El Labrador.

El labrador ejerce el estado más útil al hombre, pues con su trabajo nos da el sustento.



Un dia un rey encontró á un pastor.

El labrador vive en medio de los campos, en medio de la rica y hermosa naturaleza que esparce sus tesoros.

Las lluvias riegan los sembrados del labrador, y el sol, con sus benéficos rayos, madura sus cosechas.

El labrador entra en participación de secretos con la naturaleza y el poder divino, pues dice á la tierra : « Produce, » y la tierra da frutos.

El año es largo, tiene días de fatiga y de temor, días de sol ardiente en el llano y de tempestad sobre las espigas.

Pero llega el plazo, y caen las espigas cortadas por el segador, los graneros se llenan, y la familia, gozosa, contempla los productos de la cosecha.

Todo sirve de enseñanza al labrador.

La intemperie de las estaciones y las malas cosechas que siguen á las que han sido abundantes, le enseñan la prudencia, le advierten que debe guardar de los años que dan mucho para los años que dan poco.

Instruido por el espectáculo que tiene en su derredor, ve que la naturaleza no da nada por nada, que es generosa con el que trabaja y estéril con el perezoso; que honra al hombre laborioso, y al holgazán le condena al infortunio.

También le instruyen los animales con su instinto; pues la gallina es cuidadosa con sus polluelos, como debe serlo la madre con sus hijos; y el gallo es vigilante como debe serlo el padre de familia.

LVI. — El Soldado.

El soldado es el defensor de la patria, y cuando llega el caso, muere por ella.

Se oye un ruido de tambores y trompetas.



Adiós, madre mía.

Los soldados se forman en torno de su bandera, y empuñan las armas con decisión y arrojo....

Ya están en marcha : todo lo abandonan, padres y amigos, sus campos, y el campanario de su aldea que quizás no volverán á ver nunca.

Adiós, padres; adiós, amigos : el soldado sale á servir á su patria. Adiós padre mío; adiós, madre mía.... La ley lo manda y hay que obedecerla.

Y cuando el soldado esté ya muy lejos, cuando la bandera se encuentre ya frente al enemigo, el soldado pensará en su padre y en su madre, y el padre y la madre hablarán de su hijo....

En las batallas corre sangre y cae el soldado....

Pero se cubre de honra y de gloria el soldado que muere combatiendo, el soldado que ha sido escudo de su patria, que ha perecido por su padre y por su madre, por sus hermanos y amigos.

Los soldados que sobreviven vuelven al lugar, cuentan las hazañas del ejército, hablan del paso de los montes, de los batallones enemigos que fueron desbaratados, del humo del cañón y de los jinetes rápidos como flechas.

Los hay que traen en su pecho la condecoración del honor; otros han conquistado las charreteras, y todos juntos constituyen la noble defensa de la patria.

LVII. — El Comerciante.

El comercio es un lazo de unión entre los hombres.

Gracias al comercio los hombres se dan la mano, digámoslo así, de un extremo á otro del mundo.

El comerciante lleva á los labradores las telas del fabricante, y al fabricante la lana, el algodón, el cáñamo y los cereales del labrador.

El comerciante introduce en todas las poblaciones, grandes y pequeñas, la sal procedente de las orillas del mar, las especias de la India, las riquezas de América, las maderas de las montañas del Norte y los frutos del Mediodía....

Y de este modo el comercio pone en comunicación á la América y al Asia con la Europa, á las distintas naciones entre sí, y á los pueblos de las mismas naciones.

Así sucede que en un solo almacén suelen verse productos de todas las comarcas de la tierra, pimienta y añil de la India, algodón de América y café de Arabia.

Si el almacén tiene esas mercancías, es porque ha habido buques que han surcado los mares, porque de un cabo al otro del mundo ha habido hombres que se han puesto en movimiento.

Nada más útil, pues, que la profesión del comercio; y todo lo que es útil á los hombres, es bueno y honroso.

La vida del comerciante debe tener por bases la probidad y la buena fe.

Sin probidad y sin buena fe, el comerciante es un hombre que arma lazos á la ignorancia, que engaña por amor al dinero.

Cuando un vendedor dice á un comprador que una cosa es buena sabiendo que es mala, comete un robo.

Y roba también cuando se vale de astucias ó de secretos para ocultar los defectos de una cosa mala, ó cuando se aprovecha de la ignorancia del comprador en punto al precio de la mercancía, para hacérsela pagar más de lo que vale.

Siempre que entro yo en una tienda, me figuro entrar en casa de un hombre de bien que sólo busca en su profesión una ganancia lícita en premio de su trabajo, y no en casa de un enemigo que va á engañarme para llevarse mi dinero.

LVIII. — El Comerciante (conclusión).

Tenía un tendero una tela deteriorada y de mala calidad, y dijo á un hombre del campo que llegó á su tienda : « Cómprame esta tela, que no hay nada mejor para vestidos : no se rompe nunca. »

Y el hombre del campo hizo la compra, y el vendedor se reía para sí cuando cobraba el dinero de su engaño.

Ahora bien, el mismo tendero, que necesitaba un caballo, fué á ver á un chalán, que le dijo : « Como este caballo hay pocos; no tiene ningún defecto. »

Y el tendero pagó el caballo con el dinero de la tela que había vendido; pero una vez cerrado el trato, vió que le había engañado el chalán y que el caballo no valía nada.

De este modo perdió por un engaño el dinero que había ganado con otro engaño.

Así es el comercio que se hace de mala fe, es un tráfico de ladrones.

Otro tendero tenía en su almacén una tela defectuosa, y dijo á otro hombre del campo : « Puedo darla barata porque es una tela defectuosa. »

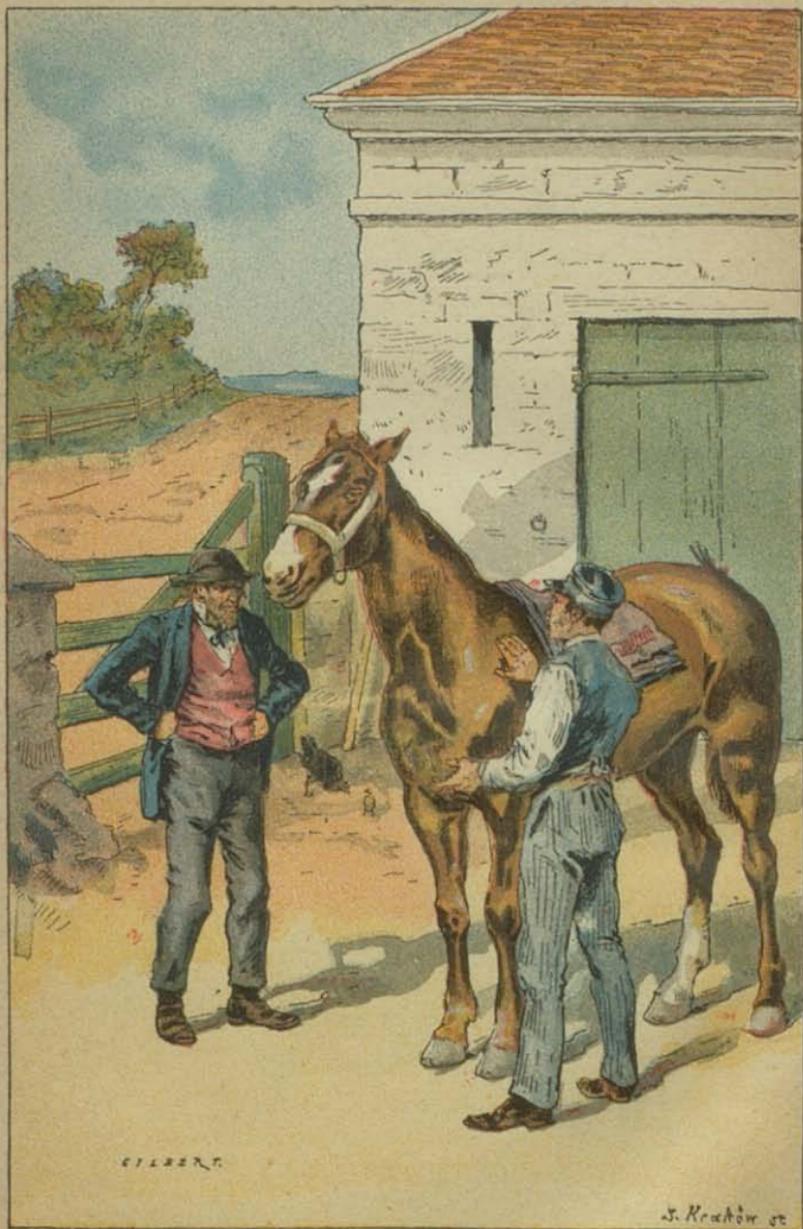
Y el hombre del campo la compró porque tenía poco dinero que gastar, y no se arrepintió de su compra.

Con aquel dinero fué el tendero á ver al chalán, y éste le dijo :

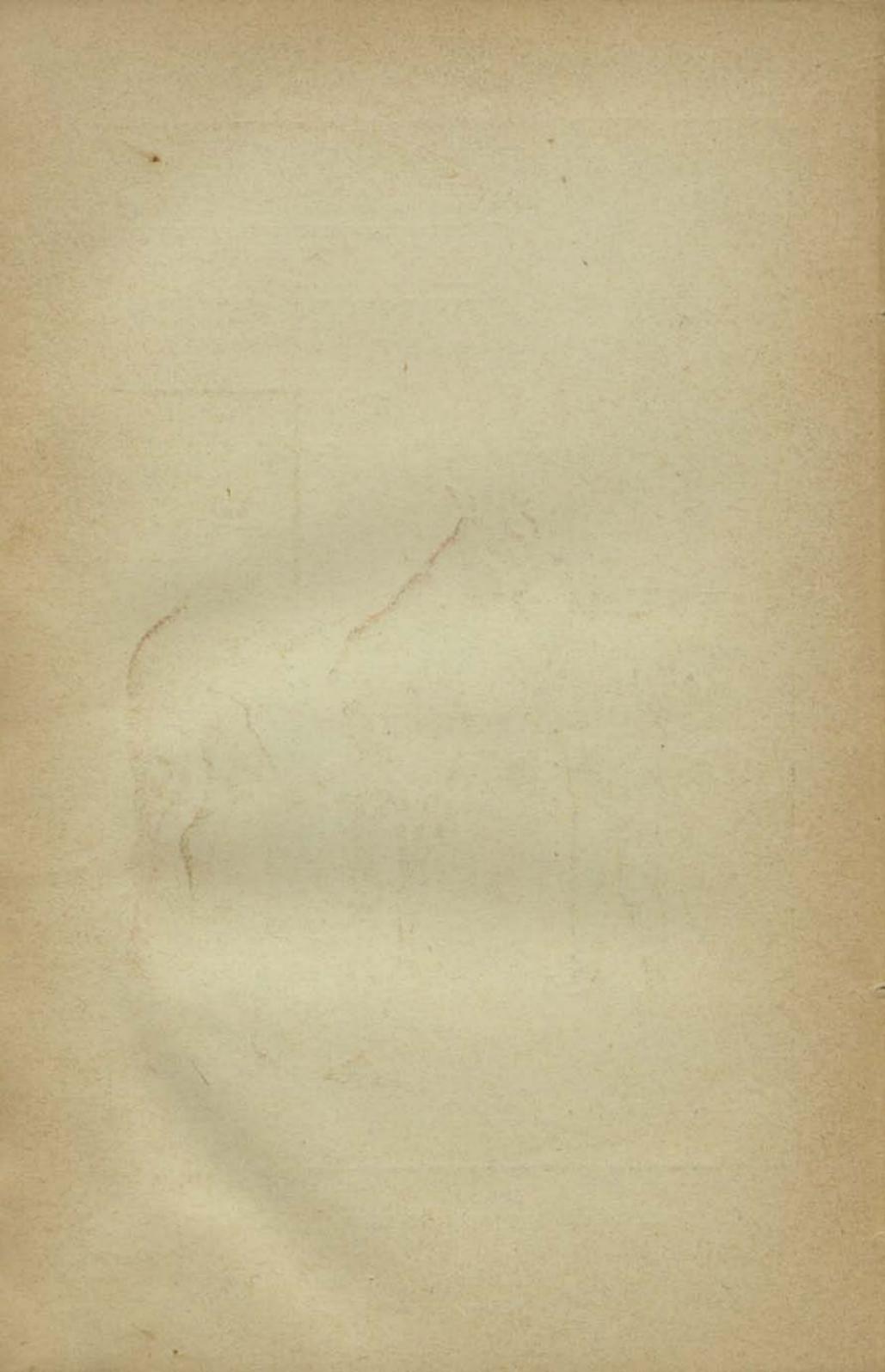
« Tengo dos caballos : del uno respondo y del otro no; el bueno es caro, pero hará buen servicio. »

El tendero prefirió el bueno aunque fuese caro, puesto que el chalán salía garante.

Con efecto, no podía ser mejor aquel caballo; y cuantas veces los amigos y conocidos del tendero necesitaban un caballo, les aconsejaba que fueran al chalán,



Como este caballo hay pocos; no tiene ningún defecto.



porque era hombre que no engañaba á los compradores.

Tal es el comercio que se hace de buena fe.

El comerciante honrado cobra buena fama y se enriquece, porque la probidad es la mejor base de la fortuna en el comercio.

LXIX. — El Jornalero.

El jornalero se levanta al amanecer y marcha al trabajo.

Marcha alegremente y saluda á la naturaleza con sus cantares.

Asiduo al trabajo, no advierte que pasa el tiempo, y llegada la tarde, vuelve á su casa al seno de su familia.

Todo el mundo está sujeto á la ley del trabajo. El hombre ha nacido para trabajar como el pájaro para volar : es la suerte común, nadie se libra de ella.

Los animales nos sirven de ejemplo. Echemos una ojeada á la colmena.

Las abejas van y vienen, salen y entran, se cruzan zumbando.

Van por los campos y chupan la miel de las flores; es su cosecha, que llevan á sus almacenes donde trabajan incesantemente.

La colmena es un lugar donde no hay reposo, donde todo el mundo trabaja, y el perezoso que quiere vivir en la ociosidad, es expulsado.

Trabaja, pues, honrado jornalero, trabaja que bien lo necesitas para llenar tu colmena.

Cumple con tu deber como todo hombre de bien, pues el amo tiene que pagar al jornalero y no privarle del salario que gana con el sudor de su frente.

El que labra debe tener su parte en la cosecha; y el

que planta la viña debe tener su parte en la vendimia.

Pero así también el jornalero no debe cobrar un salario que no ha ganado.

El jornalero que permanece ocioso una hora en vez de trabajar, roba el salario que recibe por esa hora de trabajo.

Y el que hace con descuido su labor ó la hace mal, y cobra su salario como si hubiese trabajado bien, comete un robo.

Ánimo y constancia, jornalero; recuerda que amos y criados son iguales delante de Dios, y recibirán de Dios la recompensa del bien que hayan hecho.

LX. — El Trabajo.

Cada cual tiene en este mundo su condición.

Uno es tendero ó fabricante, otro soldado, labrador ó artesano.

Pero sea cual fuere nuestra condición, tengamos presente, que estando con los brazos cruzados no se gana nada.

Dime lo que trabajas y yo te diré cuáles son tus beneficios. Si no te cansas de trabajar, tampoco te cansarás de cobrar dinero.

Al fin del día llega el reposo, y es agradable entonces porque viene después del trabajo.

Ningún campo produce nada cuando no le ha regado el sudor del que le cultiva.

Dos hombres sembraron.

El uno se contentó con arrojar la semilla sobre la tierra y confió, para que brotara, en la lluvia, el sol y el rocío.

El otro comenzó por labrar profundamente, luego sembró, y cuando brotó la semilla, la regó con esmero y estuvo siempre al cuidado.

Ahora bien, sucedió que la semilla sembrada por el primero, nació raquítica, y luego la quemó el sol, y la sofocaron las plantas parásitas.

La simiente del otro nació con vigor, tomó incremento la planta, se elevó floreciente y cubierta de follaje, y llegado el otoño, dió abundantes frutos.

Tal es la diferencia que existe entre la ociosidad y el trabajo.

La ociosidad y la pereza lo esterilizan todo, en tanto que el trabajo produce siempre.

Pasé por la hacienda del hombre perezoso y la vi llena de zarzas. Aquel espectáculo se quedó grabado en mi memoria, y me dije : « Mientras el hombre se cruza de brazos, llega la pobreza prontamente y la indigencia se apodera del perezoso. »

Perezoso, mira la hormiga, examina lo que hace, y aprende. Sin tener jefe ni maestros, la hormiga reúne en la cosecha su provisión de subsistencia para el invierno.

LXI. — Los Sortilegios.

Voy á contaros, queridos míos, una historia muy antigua, que se encuentra en muchos libros; pero que vosotros ignoráis porque todavía habéis leído muy poco.

Érase un labrador que tenía una hermosa hacienda.

Recogía todos los años doble cosecha; sus campos de trigo eran magníficos, y las ramas de sus árboles se doblegaban con el peso de la fruta.

Sus ganados daban envidia, y nadie tenía mejores vacas y carneros.

En tanto, los bienes de sus vecinos eran pobres y estériles, parecía que la tierra ingrata se negaba á pro-

ducir, y las cosechas que hacían eran tan malas, que sus graneros estaban siempre medio vacíos.

Sucedió, pues, que los vecinos, muy envidiosos, se figuraron que empleaba sortilegios para beneficiar sus tierras, y que por obra de magia, monopolizaba toda la riqueza de aquel territorio, y los campos que otros cultivaban se quedaban estériles.

Delatado ante la justicia como un hombre culpable y peligroso, el magistrado hubo de llamarle para que respondiera á aquellas acusaciones.

Compareció el labrador; pero no solo.

Se presentó con sus bueyes de labranza, robustos y bien plantados.

Con sus instrumentos de trabajo, el arado y la guadaña.

Con su hija vigorosa y despierta, de mirada expresiva y de simpático semblante.

El labrador se adelantó hacia el magistrado, y le dijo :

« Me acusan de sortilegio, y respondo lo siguiente en mi defensa :

« Mis sortilegios son mis bueyes activos, mi arado y mi trabajo. »

Y descubriendo sus forzudos brazos, añadió :

« Mis sortilegios son estos brazos fuertes é incansables y esta hija mía, vigilante, laboriosa y madrugadora.

« Con esto se domina á la naturaleza y se le hace obediente.

« Todo el poder del hombre está en su trabajo. He dicho lo que tenía que decir : ahora si soy culpable, venga el castigo. »

Callóse el labrador, todo el mundo aplaudió, y los delatores se alejaron confusos y humillados.

LXII. — La economía de tiempo y de dinero.

De nada sirve trabajar si se gasta locamente y se disipa el fruto del trabajo.

¿ Sabéis á quién se parece el que gasta á manos llenas lo que gana?

Pues se parece á un hombre que se empeñara en llenar un vaso agujereado : el líquido se escaparía siempre por más que quisiera impedirlo.

Es la fiel imagen del disipador : nada guarda de todo lo que recibe; todo se escapa de sus manos á medida que entra en ellas.

El que gasta inútilmente la ínfima cantidad de diez céntimos por día, gasta inútilmente más de treinta y seis pesetas por año.

Y treinta y seis pesetas anuales, representan el interés de mil pesetas.

Sucede pues, que un gasto de diez céntimos al día, lleva el producto de un capital de mil pesetas.

Ahora bien, como una fanega de tierra no produce comúnmente más de diez y ocho á veinte pesetas anuales, el que gaste inútilmente diez céntimos al día, gasta la renta de dos fanegas de tierra.

El tiempo es dinero, y por lo tanto, el que pierde su tiempo, pierde el dinero que habría ganado trabajando.

El que pierde en la ociosidad por diez céntimos de su tiempo cada día, pierde pues, al año, la renta de un capital de mil pesetas, ó sea el producto de dos fanegas de tierra.

¿ Queréis saber ahora lo que pierde el que malgasta diez céntimos al día, ó treinta y seis pesetas al año?

El primer año pierde treinta y seis pesetas; el segundo otras treinta y seis pesetas, con más los réditos del primer año; el tercero otras treinta y seis pesetas, con

más el producto de los dos primeros años, y así sucesivamente.

Al cabo de veinte años, todas esas cantidades acumuladas ascienden á 1,200 pesetas.

El trabajador que pierde cada día diez céntimos, ó por diez céntimos de tiempo, pierde en veinte años, 1,200 pesetas.

Y por lo tanto se puede decir al perezoso que al cabo de veinte años se queja de su miseria : « Perezoso, has perdido por diez céntimos de tiempo cada día, ó has malgastado diez céntimos al día; de lo cual resulta que has perdido ó disipado 1,200 pesetas.

» Y hoy tendrías 1,200 pesetas en el bolsillo, si no hubieras gastado tu dinero gota á gota y en detalle. »

LXIII. — Ricos y pobres.

Muchos hombres se preguntan : « ¿ Por qué hay ricos y pobres? ¿ por qué tienen unos mucho y otros poco? ¿ por qué les falta á éstos y á aquéllos les sobra? »

Yo respondo : « Porque es imposible que sea de otra manera.

« Porque tal es la ley de la naturaleza que nadie puede cambiar; porque así lo quieren los sucesos buenos ó malos, que el soberano autor dirige como él lo entiende.

» Además depende también de nuestras cualidades y de nuestros defectos, que nos hacen ricos ó pobres, y que hacen que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, son ricos ó son pobres »

Voy á contar la historia de dos hermanos que tenían la misma edad, la misma fuerza y la misma fortuna, pues se habían dividido la herencia paterna por partes iguales.

Ahora bien, el uno de ellos, activo, vigoroso y trabajador, aumentó su fortuna con su trabajo, y su hacienda prosperó mucho; tuvo caseríos y ganados, sus hijos fueron ricos y vivían en casas suntuosas.

El otro, por el contrario, se entregó á la holganza, disipó en el vicio la herencia de su padre, vino á caer en la miseria, y sus hijos fueron pobres y vivían como los pobres.

Así sucede en la vida: hay ricos que se empobrecen y pobres que se hacen ricos.

Es un movimiento perpetuo de alza y baja; es como una escala por donde bajan unos y otros suben, y esto se ve incesantemente desde hace muchos siglos.

Con el tiempo todo cambia, y en el discurso de los años, á veces en corto plazo, los pobres van á ocupar el lugar de los ricos, y los ricos el de los pobres.

LXIV. — Ricos y pobres (Conclusión).

¿Quién es rico y quién es pobre?

Rico es el que gasta mucho; pobre es el que gasta poco.

Sin embargo, en el fondo no hay gran diferencia entre el que gasta poco y el que gasta mucho.

No media entre ellos toda la distancia que, aparentemente, separa al lujo de la pobreza.

El rico se viste con telas magníficas, usa ropa de Holanda, lanas de España, linos de Rusia.

Pero en suma, ¿me lleva á mí ventaja, á mí que me visto de lienzo grueso, de paño tosco, que uso las medias que hace la madre de familia en las veladas de invierno?

¿Qué me importa á mí cuando trabajo en el campo, con mi chaqueta parda, qué me importa la casaca estrecha é incómoda con botonadura de oro?

El rico tiene una mesa delicada; pero yo pregunto si tiene mejor apetito que yo, pues si le aventajo en el apetito, quien hace mejores comidas soy yo.

Ni las especias ni la canela, sazonan los manjares como el buen apetito.

« Á buen hambre no hay pan duro », dice un antiguo proverbio.

Llega el fin del día, y ricos y pobres todos son iguales; y á veces sucede que el pobre duerme mucho mejor en su dura cama, que el rico en su mullido lecho con sus cortinajes de terciopelo y de seda.

Y el pobre dice al recogerse : « Dios ha hecho todas las cosas; ha hecho lo que existe, y lo que existe es bueno.

» Dios lo ha hecho porque ha querido hacerlo; cúmplase su voluntad en el cielo y en la tierra. »

LXV. — El Rico verdadero.

¿ Quién es el rico verdadero?

El que menos cosas desea.

¿ De qué sirve que un hombre sea rico, si los deseos que le atormentan son superiores á su riqueza?

Yo tengo poco; pero también deseo poco : si el que tiene mucho desea mucho, nos encontramos en el mismo punto.

He conocido ricos y pobres, y puedo decir esto :

No goza más el rico recorriendo sus grandes haciendas, sus parques y sus bosques, que el pobre paseándose por su jardinillo donde hay algunos árboles frutales y algunas flores.

La proporción del goce no se encuentra en la grandeza y extensión del objeto de que se disfruta, sino en las sensaciones del alma.

Con poco se puede gozar mucho, así como con mucho se puede gozar poco.

Hartas veces no sirve la fortuna sino para aumentar los deseos del rico, y el que desea jamás tiene bastante.

¿Sabéis quién es, en suma, el rico verdadero?

Pues es aquel que gasta cada día menos de lo que gana.

Inútil es tener mucho, cuando no se hace así: el que gasta más de lo que posee, pronto verá que la pobreza llama á su puerta.

Pero el que tiene poco y sabe vivir con menos de lo que tiene, reservando siempre alguna cosa, ese es el rico verdadero.

Lo poco que economiza cada día, asegura su independencia.

El pobre que guarda cada día algo de lo que gana, es más rico que el hombre opulento que gasta en desproporción con su fortuna.

LXVI. — La viña de Naboth.

La Sagrada Escritura contiene una admirable historia digna de grabarse en la memoria de todos los hombres.

Achab, poderoso rey de Samaría, tenía palacios y tesoros, mucha servidumbre, muebles magníficos y en torno de sus palacios, jardines y bosques.

Achab derramaba el oro á manos llenas, vestía con ostentación, y salía en carros brillantes de oro y pinturas.

No obstante tanta grandeza, el rey Achab no era bastante rico, puesto que deseaba alguna cosa.

Contigua al palacio de Achab había una viña perte-

neciente á un pobre, y Achab la deseaba para ensanchar por aquella parte su huerta.

El rey llamó al pobre, que se llamaba Naboth, y le dijo : « Dame tu viña y en cambio de ella te daré otra mejor, ó si te tiene más cuenta, su justo precio en dinero. »

Respondióle Naboth : « Dios me libre de darte yo la heredad de mis padres.

» En ella he nacido y en ella quiero morir. »

Y Naboth se retiró muy satisfecho y se fué á su viña, admirando los hermosos racimos que colgaban de las cepas.

Pero Achab estaba indignado y bramando de cólera ; y todas sus riquezas le parecían mentira, puesto que no podía comprar con ellas el pedazo de tierra que tanto deseaba.

Creía que la viña de Naboth valía mucho más que todas sus haciendas, y el pesar que le causaba aquella privación, era muy superior á todo el gozo que sus riquezas le habían hecho sentir hasta entonces.

Su furor fué tan grande, que se dejó arrastrar á cometer un crimen.

Naboth fué muerto, y Achab quedó dueño de la viña.

Empero, la voz de Dios habló contra el criminal ; y el día marcado por la justicia divina, « los perros lamían la sangre de Achab, en el lugar donde estaba la viña de Naboth. »

¿Cuál de aquellos dos hombres fué más rico, Achab ó Naboth ?

En verdad os digo que fué el pobre Naboth.

LXVII. — El fin de todo.

Todas las cosas tienen un fin y á este fin nos dirigimos todos los hombres.

Unos van por un camino y otros por otro; unos más presto, otros más tarde, todos llegamos.

Los hay que siguen un camino agradable y como sembrado de flores, donde encuentran árboles y verdura, sabrosos frutos y frescas sombras, con cristalinos arroyos.

Otros marchan por áridos senderos en desoladas llanuras.

Sea como quiera, al término del viaje se encuentran todos, no hay diferencia entre ellos y todos se duermen en el reposo eterno.

Una cruz de madera señala la tumba del pobre, en tanto que en la del rico se ven lujosos mármoles; pero pobres y ricos, grandes y pequeños, todos yacen en el seno de la tierra y la tierra los cubre.

Se acabaron las distinciones, todos son iguales delante de Dios.

No obstante, si ya no hay diferencia entre ricos y pobres, grandes y pequeños, no deja de haberla entre los buenos y los malos, entre los que han practicado la virtud y los que se han entregado al vicio.

Importa poco en la hora de la muerte que el hombre haya sido grande ó pequeño, rico ó pobre, pues nada puede llevarse de lo que poseía en este mundo; desnudo y despojado de todo se va á la tierra.

Pero importa mucho que haya sido bueno ó malo; pues el vicio ó la virtud nos hacen felices ó desgraciados en este mundo y en el otro.

En la balanza con que pesa Dios las acciones de los

hombres no caben el oro ni las alhajas; no caben más que las acciones buenas ó malas.

Las buenas acciones y la virtud alcanzan premio, y las malas acciones y los vicios reciben castigo.

LXVIII. — Los funerales del hombre de bien.

Toda la aldea estaba de luto porque había muerto el anciano Tomás, que era un hombre de bien, amado y estimado de todos.

Decían unos : « Tomás ha sido muy bueno con nosotros, nunca abandonó á los que le necesitaban, y siempre se podía fiar en su palabra, pues cumplía todas sus promesas. »

Por último, decían también : « Muchos años ha vivido; pero nadie ha tenido que quejarse de él en todo ese tiempo y nadie ha podido nunca echarle nada en cara. »

Resulta, pues, que por todas partes se oían alabanzas, todo el mundo estaba unánime en llorar su muerte, y tristemente caminaban todos para acompañarle al campo santo.

Los niños suspendían sus juegos y marchaban también silenciosos, porque habían aprendido á respetar á Tomás, se descubrían al pasar por delante de él, y cuando veían su casa exclamaban : « Ahí vive Tomás, querido de todo el mundo. »

Fué un gran espectáculo cuando salió de aquella casa el féretro del hombre de bien, seguido de toda la aldea, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, y hasta los niños.

Llegado todo aquel séquito á la iglesia, hombres, mujeres y niños, se arrodillaron mezclando sus plegarias con las del ministro de Dios.



Ahí teneis al malvado; solo, desamparado, sin un amigo que le consuele.

Con toda su alma decían :

« ¡Dios mío! Dadle el reposo, el reposo eterno en la celeste mansión de los bienaventurados...

» Le habéis llamado, Señor, y os ha respondido; no dejéis de tender la mano al hombre virtuoso.

» Vivió creyendo en vos, y los que creen en vos y marchan por vuestras vías, llegan á la vida eterna, y la muerte es para ellos el principio de la inmortalidad...

» Muriendo en la virtud, descansan de las penalidades de la vida, pues sus buenas obras no perecen y les acompañan... »

Terminado el servicio, cuando lo que era tierra fué devuelto á la tierra, cada cual se alejó en silencio pensando que la vida y la muerte de un hombre de bien es una gran lección para todos.

LXIX. — La muerte del malvado.

Un hombre agoniza en su lecho de dolor.

Y este hombre se ve solo : no tiene un amigo que vele á su cabecera, ni una voz que diga en su favor : « ¡Dios mío! que esa amargura se aleje de sus labios. »

Nadie llama á su puerta; nadie se interesa por él y pregunta : « ¿Está mejor? ¿Está peor? » Se encuentra en la soledad y en el desierto.

¿Y por qué? Porque ha sido un hombre malvado, y todos le abandonan y desprecian...

Sí, todos desprecian al malvado cuando está en la vejez y le ha llegado su hora.

Y entonces, en medio de su abandono, medita sobre su vida pasada, sobre los años transcurridos...

Y le parece que todas sus malas acciones toman cuerpo y se alzan delante de él, terribles, amezadoras, implacables.

Parécete que todos sus vicios se despiertan, y asquerosos y repugnantes, levantan la cabeza para acusarle.

Y que por todas partes se elevan contra él formidables voces, voces sonoras como la trompeta del juicio final, que le dicen :

« Has sido malvado y vicioso : has practicado el mal por vanas alegrías, por enriquecerte, por satisfacer tus pasiones y caprichos.

» Así, pues, que todo el mal que has hecho recaiga sobre ti, y que en este día de justicia y de castigo, todos tus goces pasados se cambien en veneno... »

Y sobre esto el moribundo se espanta, rechaza la muerte que llega á él, sin que nada ni nadie pueda detenerla; se figura hallarse al borde de un abismo, en donde va á precipitarse y en cuyo fondo ve llamas devoradoras...

Ahí tenéis al malvado, solo, desamparado, sin un amigo que le consuele, sin una palabra cariñosa que le fortifique en sus últimos instantes.

Y cuando ha exhalado ya el postrer aliento, y llevan á la tierra sus restos mortales, oye voces que dicen :

« Ese es el cadáver del hombre insensible á los males del prójimo, del que fué mal hijo, mal amigo y mal padre;

» Del que faltó á su palabra; del que huía de los buenos y vivía con los malvados en el vicio y el desorden;

» Que Dios se compadezca de él, pues ahora comienza la obra de la justicia divina. »

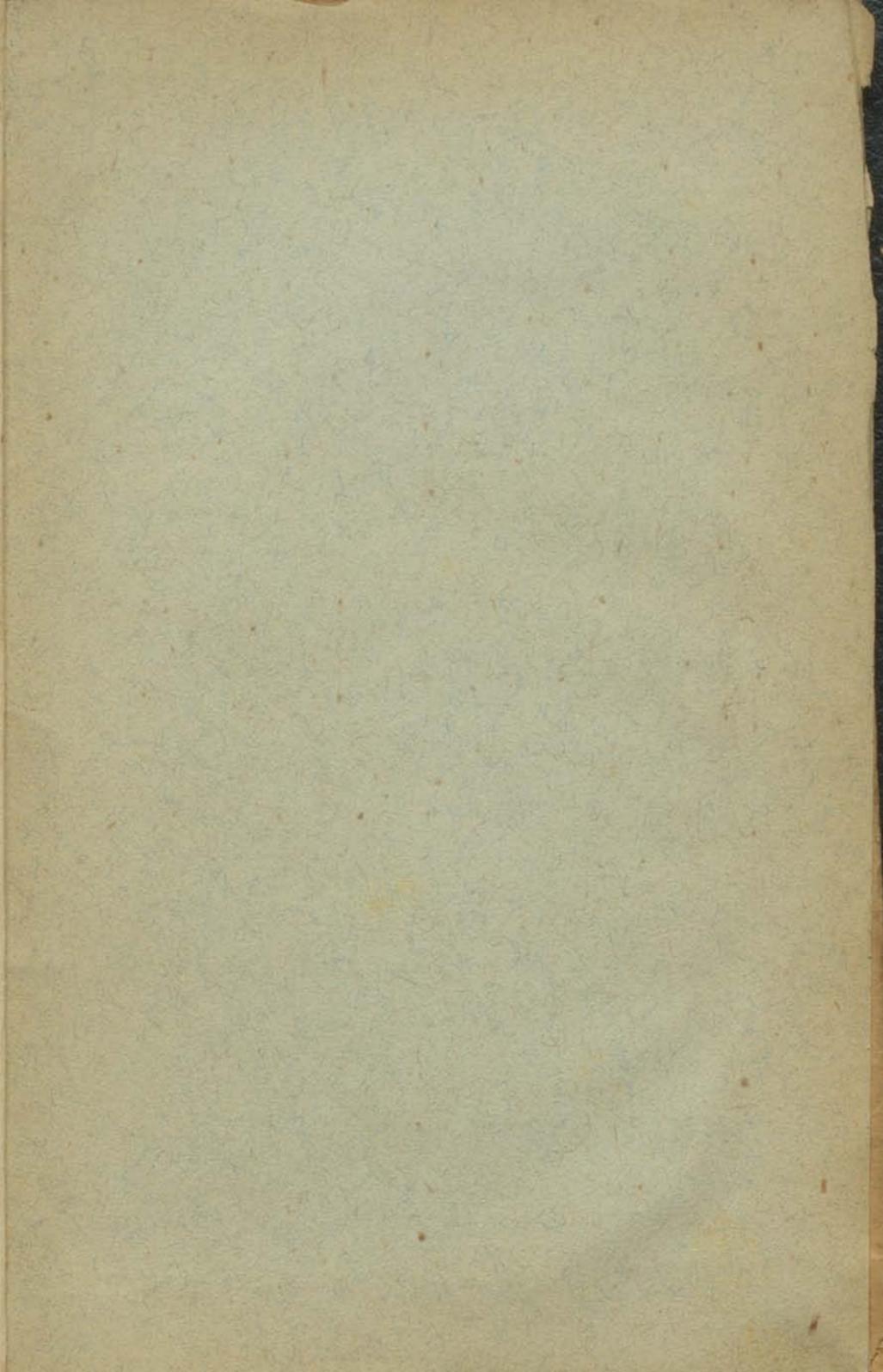
Y cuando el ministro de Dios dice las oraciones en el templo, se oyen palabras que horrorizan :

Todos nosotros tenemos que comparecer ante el tribunal de Dios, para que cada cual reciba, según lo que hizo en vida, el premio que se debe á las buenas acciones, ó el castigo que merecen las malas.

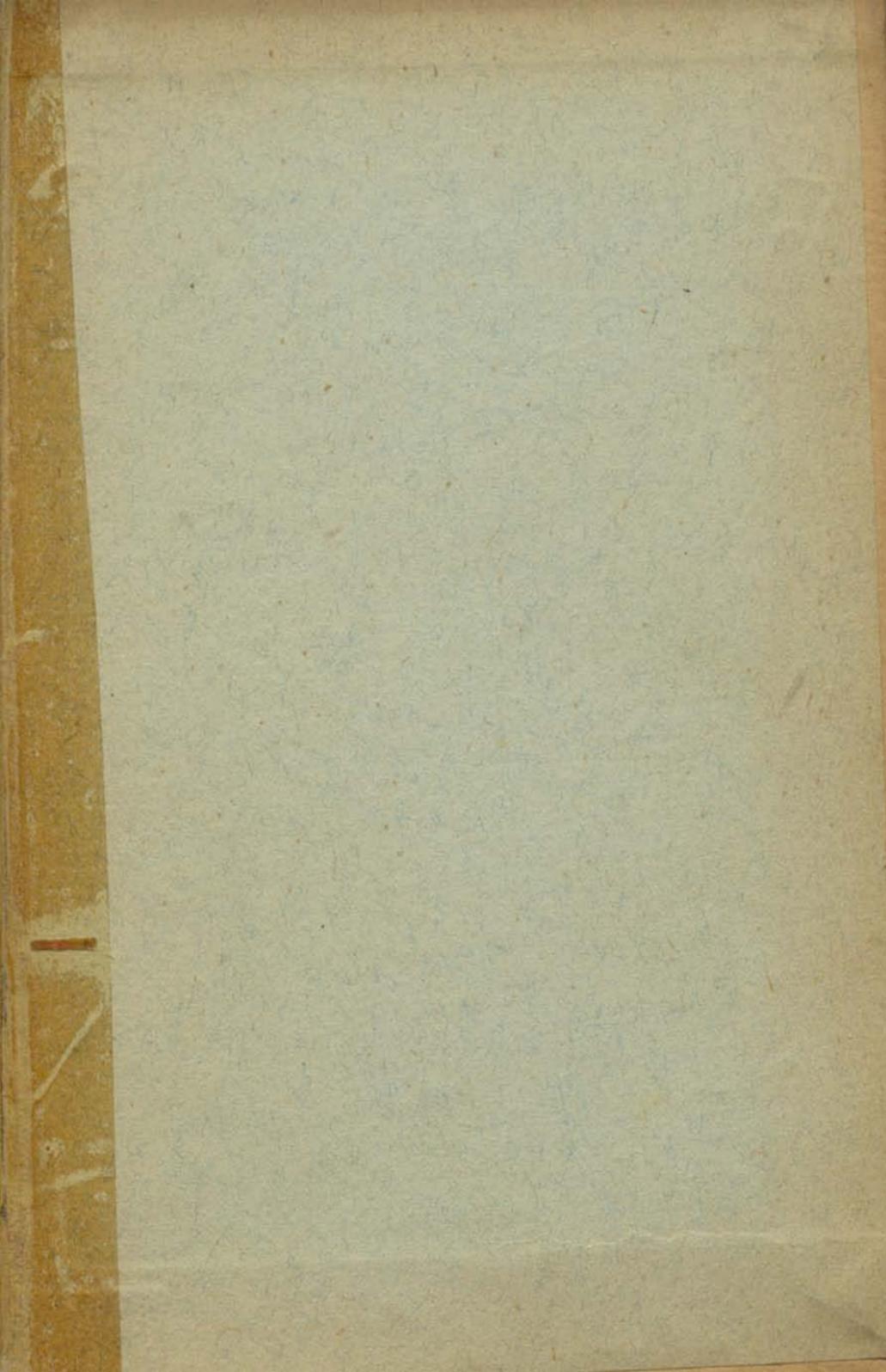
ÍNDICE

1. Dios	5	34. La Familia.	53
2. El Sol.	7	35. La Ancianidad.	54
3. Las Plantas	8	36. Los Sirvientes.	55
4. El Pájaro	10	37. Los Amigos.	56
5. El Mundo	12	38. La Gratitud	58
6. Dios nos está viendo siempre.	15	39. Miguel el anciano	60
7. La Iglesia.	16	40. El Orgullo.	61
8. La Oración	17	41. La diferencia de condi- ción.	62
9. Dios es el apoyo de los buenos	18	42. El Tribunal	63
10. La Conciencia	20	43. El Criminal	64
11. El Remordimiento	21	44. La Cárcel	66
12. Luis, el pobre.	22	45. El Hombre de bien.	67
13. El Padre y la Madre	23	46-47. Los seis mil pesos.	68
14. El Padre	24	48. El Depósito	73
15. La Madre	25	49. Los embusteros	74
16. Luisa.	26	50-51. La Probidad	75
17. El oficial Jacobo.	28	52. La Profesión.	77
18. La Madre enferma.	29	53. El Hombre sabio.	78
19. La Amistad fraternal.	30	54. El Pastor	79
20-21-22. Los tres Hermanos.	31	55. El Labrador	80
23. El Amor al prójimo.	35	56. El Soldado.	82
24. La Caridad	36	57-58. El Comerciante.	84
25. Los Huérfanos.	38	59. El Jornalero.	89
26. Julián.	39	60. El Trabajo.	90
27. El Viajero.	40	61. Los Sortilegios.	91
28. Los Hombres necesarios unos á otros.	42	62. La economía de tiempo y de dinero	93
29. El buen Pastor.	46	63-64. Ricos y pobres	94
30. Las Hermanas	48	65. El Rico verdadero	96
31. La Venganza.	50	66. La viña de Naboth	97
32. El Rico malo.	51	67. El fin de todo	99
33. El Egoísmo	52	68. Los funerales del hom- bre de bien	100
		69. La muerte del malvado.	102

FIN DEL ÍNDICE.



1851





H
10
D